

# EL MUNDO.

TOMO I.

MEXICO, ABRIL 3 DE 1896.

NUMERO 14.



El Cristo crucificado.—de Van Dyck

(De la colección de fotografías del Dr. Flores)



## Política General.

RESUMEN.—VIENTOS DE MUERTE Y RUMORES DE GUERRA.—LAS LUCHAS DE LA HUMANIDAD.—LA CIVILIZACIÓN Y LA ANGUSTIA HUMANA.—NUESTROS TRIUNFOS Y NUESTRA MISERIA.—LA GUERRA EN ORIENTE.—CHINA DESTROZADA.—LA COMPETENCIA BRITÁNICA Y LAS AMBICIONES RUSAS.—MOVIMIENTOS TEMIBLES DE ESCUADRAS.—ESPAÑA Y LOS ESTADOS UNIDOS.—WASHINGTON Y MADRID.—LAS EXIGENCIAS AMERICANAS.—LA INDEPENDENCIA DE CUBA.—EL LEGENDARIO PATRIOTISMO ESPAÑOL.—¿GUERRA?—CONCLUSIÓN.

Vientos de muerte y rachas de tormenta soplan por todas partes en el mundo político. Los cielos se tiñen con los cárdenos fulgores del relámpago, se oye á lo lejos el rodar del trueno, y una atmósfera pesada y caliginosa oprime á todos los pueblos.

La guerra con todos sus horrores, la lucha sangrienta con todas sus catástrofes, el choque de las naciones en espantoso cataclismo, es cuanto se ve al aparecer la hermosa primavera. Al Oriente y al Occidente, al Septentrión y al Mediodía se oye el crujir de instituciones que vacilan, de razas que se agitan, de edificios sociales que se derrumban, y el confuso y tremendo vocerío de la angustiada humanidad, mezclando á los gritos de venganza sus gemidos de dolor.

En vano los filósofos hablan en nombre de la razón, los apóstoles en nombre de la fé, los sociólogos en nombre de la conveniencia, los poetas en nombre de sus ideales, los místicos en nombre del supremo bien; en vano se reúnen congresos de paz universal y se predicán en las ciudades y en los campos máximas de amor y preceptos de concordia: la duda, la terrible duda, víbora venenosa que muerde el corazón de la oprimida raza de Adán, ha derribado los templos y los altares de las viejas teogonías; y el hambre, eterno buitres que corroe las entrañas de los hijos de los hombres, levanta sus fantasmas aterradores y empuja los grupos sociales á luchas tremendas y competencias sin término.

Sed inagotable de poder y de mando en las clases superiores, miseria, tinieblas é ignorancia en las de abajo, forman un conjunto que se ve más inarmónico y paradójico, á explosiones de luz, á los aureos resplandores de la civilización moderna.

Hemos podido vencer en desigual pelea al monstruo de la materia en sus oscuros antros, hemos domado las fuerzas armipotentes de la Naturaleza, arrebatando el rayo á la nube para servir nuestro pensamiento, el fuego á las entrañas de la tierra para calentar nuestros hogares, y el metal á la roca dura para multiplicar nuestro débil poder.

Hemos registrado entre los ladrillos de Persépolis y los papiros de Tebas y el polvo de las Acrópolis, para descubrir las huellas de las generaciones que fueron.

Hemos sorprendido al astro en su movimiento sidéreo, al átomo en sus vibraciones infinitas, al planeta en sus transformaciones genésicas, á la célula en sus metamorfosis creadoras, al hombre en su primer esfuerzo, á la mujer en su primera pasión, á la sociedad en su vajido primero: y con todos esos datos que nos suministra la leyenda de los siglos y la ciencia en sus evoluciones, ni hemos podido todavía ahorrar una lágrima, ni cegar la fuente del dolor que amarga los días de la raza de Adán.

La civilización ha desgarrado muchas sombras, desecado muchos pantanos, cubierto con bloques gigantescos, arrancados de la empinada sierra, las hondas profundidades de la sima; ha procurado hacer y ha soñado en crear de la humanidad una familia y de las naciones una república: vano intento, el amor, que como el espíritu de Dios se cierne sobre las olas encrespadas del abismo, no ha podido acallar las competencias ni aquietar las incesantes luchas; y si hoy las guerras son menos frecuentes y acaso menos crueles que en los tiempos prehistóricos del hombre troglodita que vivía al lado del mamouth y del oso de las cavernas, no por eso dejan de ser terribles, y de sembrar la ruina y el exterminio sobre todo el haz de la tierra.

Allá, en el lejano Oriente se han dado cita las concupiscencias de la vieja Europa. En abierta competencia las naciones coloniales que quieren

prevalecer sobre el imperio chino y atarlo al carro de su omnipotente voluntad, luchan á golpes de audacia por alcanzar el triunfo, multiplican sus maquinaciones, aguzan y afiligranan su diplomacia, tejen con hilos de oro sus mentidas promesas, y al fin, el Hijo del Cielo se deja sorprender fascinado por el artificio de la política europea.

Como Alemania se hizo dueña de Kiao-Chau, Rusia se posesionó de Puerto Arturo, desde donde domina todo el Golfo de Petchili; y, señora de la Mandchuria y en su poder los ferrocarriles estratégicos transiberianos, tiene rodeada en cerco de hierro la capital del caduco imperio.

No sin inquietudes ni choques violentos han de pasar estos actos de verdadero despojo: abiertas las puertas de la China á la irrupción europea, allá va la poderosa escuadra de la Gran Bretaña, pretendiendo oponerse, aunque ya tarde, á la cesión de Puerto Arturo, y si no pudo impedir que el Kaiser asentara la planta en el reducido territorio de Kiao-Chau, menos podrá obtener sin choques violentos y sin terribles luchas, que la garra del oso moscovita abandone la presa codiciada.

No sin sorpresa se supo en los pasados días que había inusitada actividad en los arsenales de Francia, y que se aprestaba á marchar hacia las aguas del Mar Amarillo la escuadra de la República. Era que, siguiendo los movimientos de su poderosa aliada, volaba á defender los intereses de Rusia, amenazados por las naves británicas congregadas en Hong Kong y en Chemulpo y dispuestas á mantener las preeminencias de Inglaterra contra las debilidades del Emperador de China, que ha entregado á merced de sus jurados enemigos los puertos principales de Petchili.

No lejos de la escuadra que manda el almirante Seymour se hallan las naves japonesas que vencieron Wey-Hay-Wey y los acorazados americanos que pueden ir muy bien al lado de su antigua metrópoli, pero que tal vez se hallen en observación para lanzarse en un momento dado sobre las costas filipinas.

Nada nos asegura que allí el conflicto sea inevitable, pero toda vez que están frente á frente intereses tan contrarios, no es difícil que de allí brote la chispa que encienda universal conflagración.

Y si la nube se alza tan amenazadora en el remoto Oriente, aquí muy cerca de nosotros, en las risueñas Antillas que arrulla con sus ondas azules el Seno Mexicano, se levanta más terrible el nimbus de la tormenta.

La excitación que por tres años ha mantenido la prensa en el pueblo americano, sembrando resentimientos contra España y predicando simpatías por la independencia de Cuba, está á punto de dar por amargo fruto una guerra terrible y costosa con la monarquía española.

Previendo todas las emergencias y contando con la cooperación del congreso y del pueblo, el gobierno de Washington se ha venido preparando de una manera lenta, pero formidable, para la lucha. El gobierno de Madrid, contando con el inagotable patriotismo del pueblo español, en medio de las angustiosas penurias que han creado las guerras coloniales en Cuba y Filipinas teniendo que conservar incólume en tan difícil situación la bandera de Lepanto y de Bailén, y que preservar inmaculado el honor nacional y la integridad de la monarquía, hace esfuerzos supremos, y llega hasta el sacrificio y el heroísmo, por cumplir la ardua misión que le confiara la Reina Regente, en tan difíciles circunstancias.

En el Senado y en la Cámara de Diputados de Washington se han presentado ya proposiciones encaminadas á la independencia de Cuba, aunque haya de pasarse por los horrores de una guerra con España. Están en minoría los jefes de partido que abogaban en el Capitolio por la paz á cualquier precio; el presidente Mc. Kinley, cualesquiera que fuesen sus propósitos pacíficos y sus tendencias por conservar la armonía entre las dos naciones, ha tenido que ceder, si no á sus propias convicciones, á los clamores de la opinión, mil veces manifestada en las Cámaras, en la prensa, y aun en la cátedra sagrada. Antes de que hicieran explosión las manifestaciones cubanas de otros días, en el seno de la representación nacional, ha pedido una espera para saber lo que contestaba el gabinete de Madrid á las demandas americanas. No se trata ya de la destrucción del «Maine» ni de la indemnización que

corresponda, caso de que resulte comprobada alguna responsabilidad á las autoridades de la Habana: se trata de la cesación de la guerra de Cuba, de la independencia concedida por España y de la intervención armada del gobierno americano.

A esas demandas, que no pretendemos calificar, se dice que ha contestado negativamente el gobierno responsable de la monarquía española que preside el señor Sagasta; acaso no ha querido medir las fuerzas del coloso, ni pensar en los elementos de guerra acumulados en pocos días frente á las costas antillanas, ni considerar la enérgica vitalidad de la gran república: ha oído la voz del patriotismo, ha recojido los acentos más palpitantes de sus antiguas glorias, y ha contestado en tono épico rechazando las proposiciones del gobierno americano.

La guerra es inminente. ¡Que el Dios de los ejércitos dé la victoria—si desgraciadamente estalla la lucha—y corone de lauros al que lleve la justicia!

X. X. X.

1.º de Abril de 1898.

## NUESTROS GRABADOS

### OBRAS MAÉSTRAS

El Sr. Doctor Manuel Flores ha tenido la galantería de poner á nuestra disposición la rica colección de fotografías que formó en su último viaje á Europa, en la que hay copias de los cuadros más notables que figuran en iglesias, museos y galerías particulares. Escogimos para este número el magnífico *Cristo crucificado* de Van Dyck, que es una de las más preciadas joyas del Museo de Amberes, el imponente y conmovedor *Cristo muerto* de Rubens, que engalana el mismo museo, y los dos cuadros, gloria del arte pictórico, la *Elevación en la cruz* y el *Descendimiento*, de Rubens, que están en la Catedral de Amberes.

También publicamos hoy una copia del cuadro del Ticiano llamado *El Tributo* y que algunos señalan con el nombre de "Dad al Cesar lo que es del Cesar." En este cuadro, digno por mil títulos de detenido estudio, Ticiano nos presenta un Cristo en que conservándole al mártir del Gólgota los rasgos fisonómicos que le atribuyen la leyenda y la historia, está comprendida la expresión de un modo diferente á como la comprendieron los pintores del Renacimiento y con ellos los de las escuelas sucesivas. ¡Es más bello el Cristo severo, melancólico y dulce, que nos presenta Ticiano, ó lo son los que resplandecientes de amor, divinos en su tristeza, pintaron otros artistas? Cuestión es esta de apreciación personal, porque en uno y otros hay verdad.

El grupo escultórico de Gustavo Everlein, titulado: *El inmenso dolor* y el cuadro de Rubens, *Cristo entre los ladrones*, son tesoros también de que se ufana con razón el mundo del arte.

### AGUA BENDITA.

Ah! no son ya los jóvenes elegantes los que van á los templos. Si orar veis alguno por ahí, frente al altar del Perdón de la Catedral, en una de las naves laterales de la Profesa ó junto á la puerta de Santa Brígida, seguid la dirección de sus miradas y os convenceréis de que no está allí, está muy lejos, su espíritu, perdido en la arcanidad de algunos hermosos ojos.

Los viejos si van á los templos, esas almas llenas ya de sombra, buscan la sombra.

Esas almas á quienes la vida va dejando solas, buscan el nido tranquilo de la nave.

Esas almas tristes solo en el templo se hallan bien.

En otro tiempo, los caballeros aguardaban á las damas, cerca de la fuente del agua bendita y cuando las damas se acercaban, ofrecíanles galantemente esa agua en el extremo del dedo pulgar humedecido, siguiendo sus frentes marmoreas con una cruz.

Aquello ya pasó. Hoy las damas toman el agua bendita solas y los jóvenes no están ahí.

Mas es común todavía ver á un viejo como ese que nos retrata Olvera, sumergiendo los dedos en el líquido "que borra los pecados veniales," y humedecer la frente sobre la cual han caído las escarchas de muchos años y donde la vida posa ya su beso de adios.

### "El doloroso encuentro" y "La Virgen al pie de la cruz"

Indudablemente que una de las descripciones más vivas que hay de la «Via dolorosa», es la que con entusiasmos de creyente y ternezas de enamorado hizo el Sr. Lic. D. José Jesús Cuevas, cuando visitó los Santos Lugares. Esta descripción está hecha para hacer llorar al mundo como dice Jorge Isaccs de la *Atala* de Chateaubriand; los creyentes la leen con devoción, como quien reza, y los descreídos sienten sed de creer eso, envidia de sentir así, y todos la riegan con sus lágrimas.

"La Virgen al Pié de la Cruz," obra de D. Manuel Carpio que ha sido el primero de los poetas religiosos mexicanos, es una composición imponente y aterradora, que asombra y conmueve con sus estrofas vigorosas que parecen cinceladas en bronce.

Hoy engalanamos *El Mundo Ilustrado* con esas y otras joyas de poesía mística de autores nacionales.



## LA SEMANA.

**SUMARIO.**—Himeneo.—Bien por los que se casan!—Excursiones y paseos.—Especialista en robos.—Fitzsimonds hace escuela.

La Semana de Pascua va á ser fecunda (sic) en bodas. Un enjambre de parejitas enamoradas se prepara, despues de las maceraciones y ayunos de la Cuaresma, á emprender el vuelo hácia nuevos horizontes, á construir nuevos nidos bajo más frondosos ramajes, á fundar, con nuevos hogares nuevas familias, á lanzarse á los azares de la vida cantando y gorgoando, apoyada ella en el brazo de él, mirándose él en los ojos de ella, y derrochando juventud, gracia y amor.

Yo desearía que todo el mundo se casara y no por aquello de "mal de muchos consuelo de tontos" que para mi "mal de muchos" es solo "consuelo de perversos," sino porque no conozco forma más odiosa del egoísmo que el celibato. Encerrarse como el caracol en la propia concha; vivir tan sólo para sí mismo; privarse de ser consolado por no tomarse el trabajo ni darse la dicha de consolar; carecer de apoyo, de estímulo, de consejo, por no impartirlo á los débiles, á los lánguidos y á los inocentes; habitar esa residencia helada, desierta y oscura de una casa sin niños, sin mujeres, sin aves y sin flores; tener por confidentes amigos casi siempre desleales; por colaboradores, empleados y servidumbre en general, indiferentes ú hostiles; no contar con un corazón abnegado á quien pedir afecto, ni con una virtud acrisolada de quien tomar ejemplo; vivir solo como el hongo y seco y sin savia como el líquen: ¿puede darse estupidez mayor y menos comprensible egoísmo?

Hemos absorbido toda la alta actividad privada y pública; nos hemos apoderado de la ciencia, de la industria, de la política; dominamos y predominamos en el mundo; hemos confinado á la mujer en el hogar, en la maternidad, en las faenas domésticas, la hemos hecho deliberadamente débil, frágil, incapaz de otra cosa que de amar, é inútil para otra cosa que crear y amantamar. Le debemos por consiguiente un hogar, subsistencia, defensa contra la tentación, apoyo en sus desfallecimientos, consejo en sus vacilaciones, consuelo en sus dolores; y el hombre que encerrándose en el celibato, niega su concurso al bienestar y á la felicidad de una mujer y á la posteridad el contingente de su sangre, es un ser pasivo pero positivamente dañino, y se hace digno del reproche severo del moralista y del ceño contraído del pensador.

Por eso á los que se casan los llevamos al altar entre himnos y cantos, regando flores en su camino; por eso celebramos como una fiesta lo que debería tan solo oficiarse como una ceremonia; por eso quemamos inciensos y perfumes en los altares de Himeneo. Los que se casan hacen una buena obra individual y social: ella ofrece sus encantos, sus gracias, sus virtudes para endulzar una existencia, para hacer grata y llevadera una vida, para sustituirse á la providencia, á veces ausente, y hacer feliz á un ser, endulzando sus amarguras y restañando la sangre que manan sus heridas. El, presta su fuerza á la debilidad femenina; con su trabajo gana el sustento de una mujer condenada por la sociedad al ocio y á la miseria; con su energía la defiende del peligro, con su inteligencia la dirige y gobierna, con su nombre la hace respetable y respetada.

Las recompensas de este acto de virtud son los hijos, tiernos, sonrosados, sonrientes, derramando dichas, prodigando la vida, impulsando al trabajo, refrenando arrebatos, imponiendo, inconscientes, el orden, la mesura, el freno á las pasiones, la prudencia á la acción, la corrección á las costumbres, el decoro á la actitud; inspirando las ambiciones nobles, reprimiendo las aspiraciones mezquinas y bajas é irradiando en torno suyo, no sólo dicha, sino también virtud.

Bien por los que se casan: el matrimonio es la forma más filantrópica del egoísmo y es la conciliación más perfecta del bien propio con el bien ajeno.

\* \*

En bandadas, también, se escapan de los sofocantes calores, de los miasmas deletéreos y de la monotonía de la vida social en estos días, los pacíficos habitantes de la capital, en busca de brisas frescas y perfumadas, de bosques umbrosos y embalsamados, de arroyuelos límpidos y arrulla-

dores, de lagos tranquilos y de horizontes indefinidos.

Los ferrocarriles anuncian excursiones hacia los cuatro puntos cardinales, y los trenes comienzan á salir atestados de viajeros, cubre-polvo al hombro, gemelos en tahali, cesto de provisiones al brazo, bulliciosos, alegres como colegiales que *pintan venado*, como cervatillos en libertad, como aves á quienes se abre las puertas de la pajarera.

A los ferrocarriles debemos entre otros muchos beneficios, el de habernos permitido conocer todo lo que nuestro país tiene de grandioso y de pintoresco. No es necesario emprender un viaje á Veracruz en busca de las barrancas del Infiernillo y de Metlac y de los espléndidos platanares y cafetales de Córdoba; no es preciso internarse en Michoacán y mirarse en el Cuitzeo y el Pátzcuaro y atravesar el imponente cañón del Zopilote; no es indispensable descender la cuesta de Huitzilac y atravesar el puente siniestramente célebre de Escontzin, para admirar los panoramas espléndidos, medir las montañas abruptas, sondear los abismos profundos, y pasear en el fondo de los bosques impenetrables que la Naturaleza ha esparcido en nuestro territorio, haciéndolo más pintoresco que Suiza, más exuberante que Italia, tan accidental y grandioso como los países andinos.

Ahí, á la otra puerta, á dos pasos, existen sitios pintorescos, bien sombreados, ceñidos de la plata de las corrientes, coronados con la nieve de los volcanes, refugios deliciosos contra las fatigas del trabajo diario, nidos de verdura lozana contra la melancolía, arroyuelos límpidos y ramilletes de bosque para olvidar dolores, extinguir enfermedades y procurar placeres dulces é idílicos.

En la Cañada, en Santa Fé, en Contreras, se encuentran cada domingo y día festivo, familias enteras que almuerzan sobre la yerba, que bailan á la sombra de los árboles, que cazan en la montaña, que cabalgan en la llanura y que van ahí á hacer provisión de oxígeno, de salud, de vida y de felicidad.

Y luego, ¡qué escenas verdaderamente mitológicas! en el río, abrigadas bajo la roca saliente que forma misteriosa gruta, un enjambre de niñas, haldas en cinta, descalzas, sonrosadas y sonrientes como ninfas, juegan y se bañan en las linfas transparentes, saltan de roca en roca coronadas de flores y salpicadas de diamantes y exitadas por el sol, el aire puro, la vida libre, el agua transparente, rien, juegan, son felices y van á cambiar las transparencias de la camelia por el rojo vivo de la salud, y á acumular vigor y sangre que les falta en las ciudades y que legarán á sus hijos como el mejor patrimonio.

\* \*

Son de preferencia los extranjeros quienes se apresuran á procurarse esos placeres sanos. En México amamos poco la Naturaleza y detestamos la vida activa. No emprenderíamos por gusto esos viajes á pie, con una maletilla á la espalda, que hacen las delicias de los turistas suizos; somos orientales de media sangre, nos gusta el diván, el cojín de plumas, la inacción entre cuatro muros, la siesta bajo la tienda, el palanquín para caminar, nos importuna la lluvia y el sol, huímos de la fatiga y para nosotros la recreación suprema es el descanso. Felizmente la bicicleta comienza á inspirarnos el amor á las excursiones, á los viajes, el gusto por la intemperie y aire libre; la frugalidad del lunch viene á reemplazar la suntuosidad del banquete; los brinco y saltos de la yanta neumática, al tranquilo rodar del carruaje, y los azares y los peligros de la excursión á campo atraviesa, á la seguridad completa del camino real y de la calzada de la Reforma.

No necesitamos menos que todo eso para combatir el raquitismo y la debilidad ingénita de nuestra raza, la susceptibilidad de nuestro organismo á las enfermedades, y la cortedad de nuestra vida media. Para ser vigorosos y sanos, y para vivir mucho y trabajar bien sin peligro, necesitamos sol, aire libre, fatiga física, el chaparrón improvisado que nos inunda, el viento impetuoso que nos sorprende en plena transpiración, el baño involuntario que tomamos al atravesar el arroyo, la noche pasada á la intemperie. Todo esto es gimnástica, no solo de los músculos sino también de la piel que reacciona, de los pulmones que trabajan como fuelles, de la circulación

que se acelera, del estómago que pide pan, del riñón que segrega y del hígado que depura; gimnástica que vigoriza, que fortalece, que mantiene el equilibrio de las funciones, que renueva la vida languideciente, que expulsa los gérmenes nocivos y que hace la existencia más duradera, más fructuosa y más feliz.

En las tandas, en los salones, en los bailes de sociedad, no hacemos más que envenenarnos á paso lento, y aspirar á pequeños sorbos la enfermedad y la muerte; en el campo, al sol, al aire y á la intemperie absorbemos á raudales la vida.

\* \*

El señor Brillanti se ha hecho de los grandes robos una verdadera especialidad. No vaya á entenderse por esto que es él quien los practica, sino que él es la víctima, cosa enteramente diversa. Raras personas pueden gloriarse haber sufrido despojos tan cuantiosos como los que han aquejado á dicho señor. Hace ya años, muchos, tantos que los principales culpables han tenido tiempo de extinguir sus condenas, la casa del señor Brillanti fué literalmente saqueada, forzada su caja fuerte y robados en numerario, joyas, mercancías y otros *bibLOTS*, muchos miles de pesos.

Ahora se ha renovado el hecho y el despojo asciende á ocho ó diez mil pesos. Entonces fueron hombres, hoy fué una mujer la principal autora, y entonces como hoy la policía se manifestó activa, sagaz, rápida en su acción, al extremo de que la primera vez llegó á encontrar en poder de los cacos, una suma superior á la que el señor Brillanti creyó haberle sido robada, juzgando por una primera evaluación aproximativa. En el presente caso se han encontrado ya cuatro mil pesos sobre ocho mil á que parece ascender el robo.

En mis tiempos, se ocultaban y encerraban cuidadosamente en despensas y cómodas, las golosinas capaces de tentar la gula de los niños; con mayor razón debe ocultarse el dinero á los ojos de la servidumbre. Qué tentación para el pobre, para el desheredado, para el infeliz condenado al trabajo mal retribuido, el saber que en el cajón de una mesa de noche, en un malarmario cuya llave se olvida en la cerradura, se encierran los placeres á que aspira, los goces que no disfruta, la satisfacción de las necesidades no satisfechas, y la realización de los deseos comprimidos, bajo la forma de un legajo de billetes de banco!

En esas condiciones el robo no se justifica, pero encuentra fácil explicación. La ocasión hace al ladrón, dice la sabiduría de las naciones y es fuerza evitar las ocasiones. Comer frente al hambriento, gozar ante el triste, beber ante el sediento, reposar mientras los otros trabajan y gozar mientras sufren, es imponerles el tormento de Tántalo, exhortarlos á obtener por el camino del mal lo que no pueden alcanzar por el camino del bien; y los criminales para reivindicación del ladrón y del anarquista, encuentran explicación, ya que no disculpa en la ostentación de lujo, en las fiestas mágicas, en la vida públicamente regalada y sibarítica de las clases privilegiadas.

Debe haber algo de pudor, digámoslo así, y mucho de cautela, en el goce de los bienes de la tierra, para no suscitar con el ejemplo, el deseo, con el deseo la envidia y con la envidia el delito. Mientras los principios de moralidad y de virtud no arraiguen en el corazón y no se infiltren en las costumbres del pueblo, hay un medio de imponer la virtud: el candado, y un recurso para hacer respetar la propiedad: la caja fuerte.

Ojalá y para los demás géneros de delito se hubieran inventado esos medios mecánicos de hacer á los hombres honrados y virtuosos, y es sensible que ni la vida ni la honra se puedan defender con engranes y con palancas.

López I.

### OBSEQUIO A NUESTROS ABONADOS

Con el presente número repartimos á nuestros abonados en un tomo encuadrado, la 2ª parte de la novela "El gran Margal" como prima que corresponde al presente mes de Abril. La 1ª parte se distribuyó con el número de la semana pasada; y con vista de ella, nuestros lectores habrán corregido el error en que incurrimos al anunciar dicho reparto.





EL INMENSO DOLOR.—GRUPO ESCULTÓRICO DE GUSTAVO EVERLEIN

## La Virgen al pie de la Cruz.



Lanzaba el sol su fuego á medio día  
Sobre las tristes rocas del Calvario.  
El campo estaba ardiente y solitario  
Y hoja ninguna en su arbol se movía.

Busca el leopardo en medio de arenales  
Las tibias aguas del Jordan revuelto,  
Busca las sombras el venado esbelto  
Entre los deshojados carrizales.

Con el vapor de la caliente arena  
El cuello tuerce el espinoso cardo,  
Y entre las grietas del peñasco pardo  
Se marchita la flor de la verbena.

En tanto el Hombre Dios allá pendiente  
En la cumbre del Gólgota gemía,  
Y sudaba y temblaba en su agonía  
Oyendo las blasfemias de la gente.

Tú, madre del Señor, que cerca estabas  
Del patíbulo horrendo y casi muerta.  
A ratos lloras con la faz cubierta,  
La vista á ratos en el Hijo clavás.

Al mirarle temblar suda tu cuello  
Y tu alba frente suda; y te estremeces,  
Sus tristes ojos vuelve á tí dos veces,  
Y dos veces se eriza tu cabello.

Espectáculo atroz! su sangre roja  
Brotó caliente y al brotar humea,  
Y á proporción que de Jesús gotea  
El rostro y manos de su madre moja.

El llanto y el dolor son tu alimento,  
Eres pobre y oscura y desgraciada:  
No le debes siquiera una mirada  
Piadosa al legendario desatento.

A cada grito que el tormento arranca  
De la boca sedienta del Ungido,  
Exhalas profundísimo gemido  
Y el llanto limpias con tu mano blanca.

Aun no acababa algún desapiadado  
De blasfemar del inocente Verbo,

Cuando escuchabas con dolor acerbo  
La risada insultante del soldado

En tanto el mundo estólido levanta  
Hasta el cielo á sus héroes y á sus sabios,  
Que no son dignos de poner sus labios  
Donde el Hijo de Dios puso la planta.

¿Cómo pudo una mano delincuente  
Aplicar en el labio moribundo  
Amarga hiel al Hacedor del mundo,  
Su misma madre hallándose presente?

¿Cómo no derribó muro y santuario  
El furor de estruendoso remolino?  
¿Cómo de fuego inmenso torbellino  
No derrió las peñas del Calvario?

¿Cómo es, hija de Abraham, que ver pudiste  
Los furores de escena tan tremenda?  
¿Cómo al tronar la tempestad horrenda  
Sin desmayar tu corazón resististe?

Tus lágrimas rodaban á tu seno  
Y mojaban tus pechos virginales,  
Que nutrieron al Dios de los mortales  
Allá de niño en tiempo más sereno.

Cuanto vas con la vista recorriendo  
Todo desgarrá tu profunda herida,  
El muro y torres, la ciudad querida,  
El templo augusto, el Olivar tremendo.

En medio del dolor más inhumano,  
En contorno buscabas un asilo,  
Y en contorno encontrabas muy tranquilo  
El semblante del bárbaro romano.

Al espirar el Dios de los judíos  
Diste gemidos tristes y dolientes,  
Cual suelen las palomas inocentes  
En los sauces amargos de los ríos.

Y las manos blanquísimas torcíás  
Y las alzabas al tremendo cielo,

Y no encontrabas á tu mal consuelo.....  
¡Cuán otra estabas en mejores días!

Todo á tu blando corazón aterra;  
Cercada estás de pérfidos tiranos;  
Se palpan las tinieblas con las manos;  
Los muertos se levantan de la tierra.

Un formidable terremoto acaba  
De esparcir el terror, y tú entre tanto  
Temblabas ¡ay! atónita de espanto  
Sobre el Calvario que de horror temblaba.

Tornando al cielo los tus ojos bellos  
Y entre las rocas puesta de rodillas,  
Enjugas en tus pálidas mejillas  
El llanto de dolor con tus cabellos.

Y al recibir al gran Jehová en tus brazos  
Todos estremeciéronse tus huesos,  
Y en mortal languidez ni darle besos  
Ni tampoco pudiste darle abrazos.

Pero después le das ósculo ardiente  
Y mil abrazos que el amor demanda,  
Acariciando con tu mano blanda  
Sus muertos ojos y su helada frente.

¿Quién creyera al mirar á este hombre muerto  
Reclinado en el seno de su Madre,  
Que fuese el mismo resplandor del Padre,  
Y el Jehová del Mar Rojo y del desierto?

Del Gólgota no lejos algún día  
Para vengar tan bárbaro delito,  
Pondrá sus tiendas el romano Tito  
Y entonces ¡ay de la nación judía!

¡Ay de Jerusalem, que ya le espera  
Hambre y matanza y fuego pavoroso!  
La cercarán de inmenso contrafoso,  
La ceñirán de sólida trinchera.

La estrechará feroz infantería  
Y en medio del furor de la batalla  
Por la brecha entrará de la muralla.  
¡Virgen, perdona á la nación Judía!

MANUEL CARPIO





Agua bendita.

POR OLVERA



## LOS DIEZ Y NUEVE

El día está lejos aún; ni el más tenue rayo aparece en el oriente frío y negro.

Se adelantan á la hora; y los jueces cuyo orgullo consiste en hacer lenta la marcha de las causas, suben con aspecto tranquilo y amodorrado las gradas del Tribunal.

El gran sacerdote lleva zapatos, los sacerdotes calzan sandalias.

Cada uno de ellos tiene grabado un nombre en el respaldo de su asiento.

El Gabbathá, que también se llama Alto Enlosado; es el palacio lúgubre en donde el tribunal se encuentra situado.

Delante de la puerta está un vaso de bronce con agua; sobre la superficie flota un corcho y este parece decir al que pasa y piensa en ello con espanto:

«El agua es el pueblo y nada puede hacer sumergir á la ley.»

El Sanedrín, bajo el cual la Judea se doblega, fué esbozado por Moisés, aumentado por Macabeo, y después de haber soportado el examen arrogante del pretor Gabino, es espía del Senado Romano y se refugia como un buitre espantado en una especie de sombra inquieta y sagrada.

En otros tiempos el pueblo vil que hormiguea á los rayos del sol, apercibía á veces ese austero aparato que la ley triste invade con su cólera vaga, las tablas, las gradas, la cámara circular; los doctores en lo alto, sentados en sus sitials, á los pies de los doctores, el enjambre de los niños con túnicas escarlatas y los levitas sobre esteras, esparcidos por el suelo.

Ahora todo se hace en secreto. Lejos de todas las miradas, el príncipe preside, espectro misterioso, teniendo al Padre á su derecha al Sabio á su izquierda.

En la obscuridad es donde se trabaja y se siega.

Pudiendo oír Roma, se ocultan los debates.

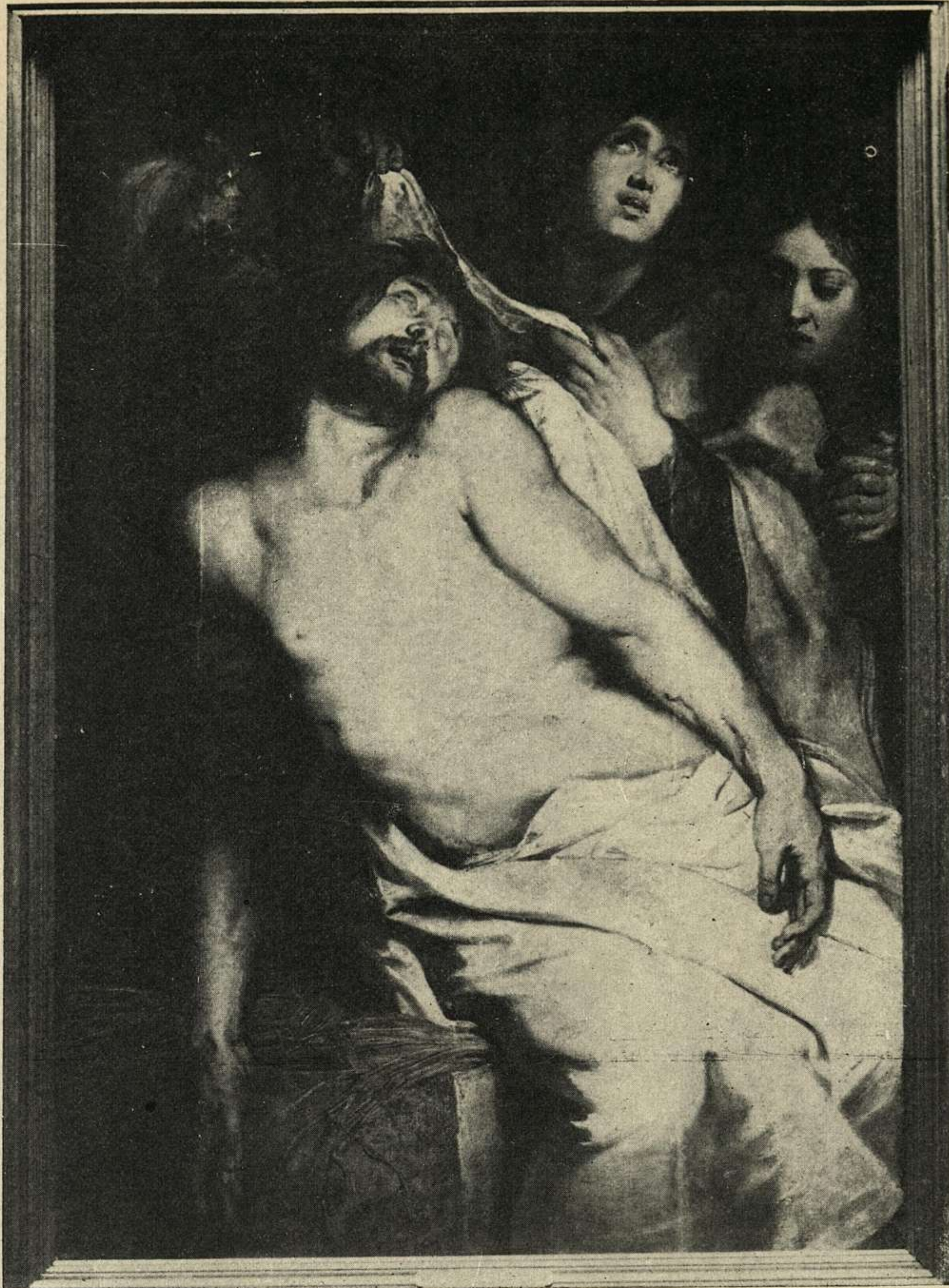
El Sanedrín se cubre con un velo y la ley habla en voz baja.

Por lo tanto este Senado de oración, desde Gabino hasta entonces, se reunía en el lugar llamado en hebreo, Liscat-Hagazit.

Este tribunal, que hace una brecha á la ley y que sabe solo el cómo y el por qué, para castigar al blasfemo, señala diez y nueve jueces.

Estos diez y nueve, ante quienes el impío se halla sin refugio posible, se encuentran en el Gabbathá.

El salón es ancho y alto. Oliad lo escuchó.



Cristo muerto.—Por Rubens

(De la colección de fotografías del Dr. Florés)

La noche nunca abandona ese lugar sin ventanas. Una lámpara basta para iluminario, no exigiendo más la frente pálida de los sacerdotes. Diez y nueve sillas de cedro, en el fondo del centro obscuro, mezclan su doble hilera con las tinieblas del muro.

Cristo se halla de pie delante de estos hombres tenebrosos. Sus pupilas, inagotables en rayos luminosos, resplandecen sobre ellos.

VÍCTOR HUGO.

## JERUSALEM

Cuando aquesta ciudad delincuente Se manchó con la sangre del Justo, Un acento incesante, robusto, Fatigaba los ecos doquier.

Con proféticas voces revela Los arcanos del tiempo futuro: «¡Ay del pueblo, del templo, del muro!» «¡Ay de tí, desdichada Salem!»

En el aire, de sangre teñido, Escuadrones de ardientes guerreros Con clarines, banderas, aceros, Discurrir combatiendo se ven.

Despeñados después, los recibe En sus senos el bátraco obscuro: «¡Ay del pueblo, del templo, del muro!» «¡Ay de tí, desdichada Salem!»

Los levitas oyeron de noche Dentro el *Sancta Sanctorum* agosto, De pavor penetrados y susto, Pasos de hombres huyendo en tropel;

Y una voz que pronuncia: *Salgamos Presto, presto del sitio inseguro*: «¡Ay del pueblo, del templo, del muro!» «¡Ay de tí, desdichada Salem!»

El concento del harpa y salterio, Y los ecos del gozo callaron: Los ancianos sus voces alzaron, Los mancebos gimieron también:

Vanos son de la virgen los lloros, Es del mago impotente el conjuro: «¡Ay del pueblo, del templo, del muro!» «¡Ay de tí, desdichada Salem!»

De furor el Romano ceñido A tí viene frenético y ciego; Le preceden la muerte y el fuego, El espanto le sigue después:

Y te cerca, y te estrecha, y te intima Su decreto terrífico y duro: «¡Ay del pueblo, del templo, del muro!» «¡Ay de tí, desdichada Salem!»

Fuertes lazos te cercan de muerte, Hambre, espada, dolor te circundan, Tus recintos de sangre se inundan, En tí reina mortal palidez:

Estallando tus puertas, dan paso Al gentil, al profano, al impuro: «¡Ay del pueblo, del templo, del muro!» «¡Ay de tí, desdichada Salem!»

Alza el soplo de la ira divina En tu seno una súbita llama, El incendio voraz se derrama Y consume tu vana altivez:

Toda envuelta en torrentes de fuego, Ya no ofreces un punto seguro: «¡Ay del pueblo, del templo, del muro!» «¡Ay de tí, desdichada Salem!»

Con el tiro postrero que lanza Sobre tí la fatal catapulta, Al profeta infelice sepulta Que el estrago anunciábase fiel.

Y al morir, este acento repite, Que en éter divágase puro: «¡Ay del pueblo, del templo, del muro!» «¡Ay de tí, desdichada Salem!»

JOSÉ JOAQUÍN PESADO.

## JESUCRISTO

Era bello y gentil como entreabierto El blanco lirio de fragante aroma, Y manso como tímida paloma Que gime solitaria en el desierto.

Y ahora, de sangre y de sudor cubierto Cual vil esclavo de la altiva Roma, Sobre la roca de ese monte asoma, De amor rendido y por nosotros muerto.

Venid, ungidos; férvidos los pechos Y humilde el corazón. subid al punto A la sangrienta cumbre del Calvario;

Y contemplad, en lágrimas desechos, El divino ejemplar cuyo trasunto Deben ser los ministros del santuario.

MIGUEL JERÓNIMO MARTINEZ.

### La tempestad en el Tiberiades.

Cruza Jesús el mar de Galilea Y en las aguas se aduerme blande; Estaya el rayo entre la nube ardiente, La llama en la tiniebla centellea.

Sonora se enfurece la marea; Y á Jesús despertando en voz doliente, —¡Ay, Sálvanos, señor, de la onda hirviente! Ctaman los pescadores de Judea.

¡Hombres de poca fé!—dice el monarca Que al mundo descendió de su alto asiento— ¿Por qué teméis?—y alzándose en la barca, Al relámpago increpa, al mar, al viento, Y sopla dulce brisa en la comarca Y el iris ilumina el firmamento.

JOSÉ SEBASTIÁN SEGURA.



## Mater tristísima.

Bajo arcada brillante  
de estilo gótico,  
en altar adornado  
de azul mosaico,  
de nuestras penas hondas  
dulce narcótico  
muestra la santa virgen  
su rostro hebraico.

Machita la tristeza  
su ebúrnea frente  
y salpica de llanto  
su negra falda,  
y caen sus cabellos,  
como un torrente  
de sombras en la nieve,  
sobre su espalda.

Sus manos juntas dicen  
el sufrimiento,  
el dolor sus ojeras  
y sus miradas,  
y en su pecho bendito  
—jaspe sangriento—  
brillan siniestramente  
las siete espadas.

Doliente, solitaria,  
dentro el santuario  
está la Dolorosa  
con sus desdichas,  
la Madre cuya vida  
—negro Calvario—  
jamás el Tabor tuvo  
de blancas dichas.

Con polvillo de plata  
la luna triste  
su perfil nazareno  
baña de albura,  
y con raros colores  
el nicho viste  
de Rembrandt recorriendo  
la gama oscura.

### RUEGO.

¡Virgen de los Dolores,  
esas heridas  
yo las hice en tu alma  
con mis pecados!  
¡Yo saqué de tus ojos  
gotas perdidas  
que lloran por los seres  
infortunados!

El bálsamo divino  
de tus dolores  
Adormezca mis ansias  
perturbadoras  
derrama en mi camino  
luces y flores  
y disipa mis noches  
con tus auroras!.....

En mi pecho anidaron  
la fe y la calma  
y hoy solo se acurrucan  
las decepciones;  
con lluvia de tu llanto  
fecunda mi alma  
que se ha tornado estéril  
por las pasiones!

Has que vuelvan mis creencias  
dulces, tranquilas  
—palomas dispersadas  
que huyen medrosas—  
y que sigan la lumbre  
de tus pupilas  
mis tristes pensamientos  
mis mariposas.  
Potosí, Marzodel 98.

JOSÉ M. FACHA



## EL FIN DE SATANAS.

### I

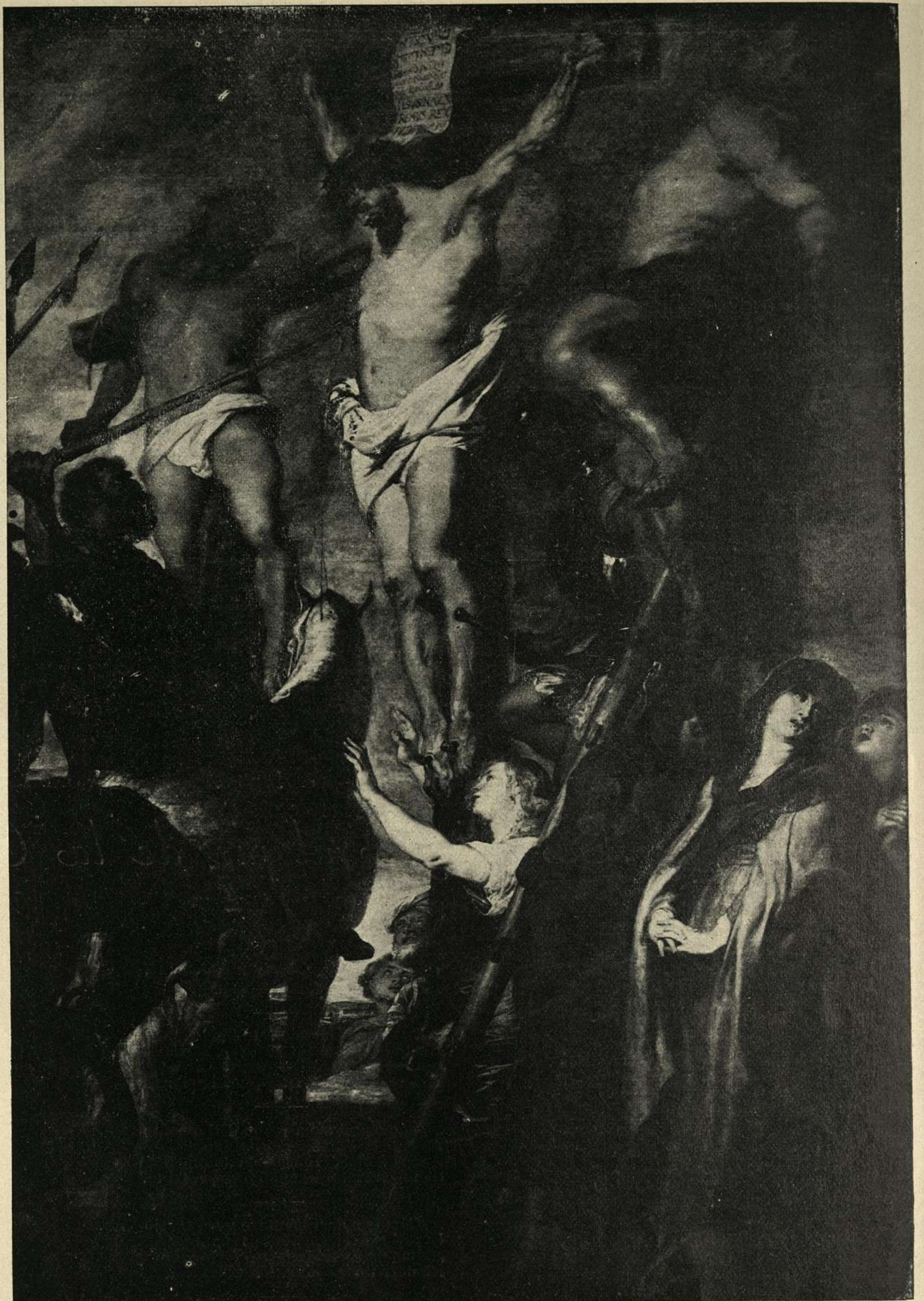
Hacia cuatro mil años que iba cayendo en el abismo.

Todavía no había podido agarrar una cima ni levantar una vez siquiera su frente desmesurada. Se hundía en la sombra y la bruma, azorado, sólo; y tras él, en las noches eternas, caían lentamente las plumas desprendidas de sus alas.

Cayó fulminado, melancólico, silencioso, triste, abierta la boca, y los pies hacia los cielos, impreso el horror del abismo en su semblante lívido. Y gritó: *Muerte!* tendiendo los puños hacia la sombra vacía. Mas tarde esta palabra fué un hombre y se llamó Caín.

Descendía. De repente una roca le golpeó la mano que él apretó, como la tumba aprieta a un muerto, y se detuvo. Alguien le gritó de arriba:—*¡Cae! ¡las estrellas se extinguirán en torno tuyo, maldito!*—y la voz se perdió en el horror inmenso. Satanás, pálido, miró hacia la eterna aurora. Los soles estaban lejos pero brillaban. Satanás enderezó la cabeza y dijo levantando los brazos:—*¡Mientes!*

Más tarde esa palabra fué el alma de Judas. Semejante á los dioses de bronce, de pié sobre sus zócalos, Satanás esperó mil años con los ojos fijos en los astros. Las estrellas estaban lejos, pero brillaban aún. El rayo rugía en los mismos cielos fríos y solos.



Cristo entre los ladrones.—Por Rubens—(de la colección de fotografías del Dr. Flores.)

Satanás rió y escupió hacia el trueno. La inmensidad llena de la sombra visionaria, le estremeció. Esa saliva más tarde fué Barrabás.

Un soplo que pasó le hizo caer más abajo.

### II

La caída del condenado comenzó de nuevo. Terrible, sombrío y atravesado de agujeros como una criba, el cielo lleno de estrellas se alejaba, la claridad temblaba, y el gran precipitado, desnudo, siniestro y arrastrado por el peso de su crimen, caía, y como una cuña, su cabeza abría el abismo. ¡Más abajo, más abajo, siempre más abajo! Todo le huía: ningún obstáculo de qué poder agarrarse, ni un monte, ni una roca inclinada, ni una piedra: nada, ¡la sombra! Y él cerró los párpados espantados.

Y cuando los abrió, tres soles brillaban solamente, y la sombra había roído el firmamento: los demás soles estaban muertos.

### III

Una roca salía de la bruma negra como un brazo que se extiende. ¡Satanás la agarró y sus pies tocaron las cimas!

Entonces meditó el sér espantoso que se llamaba *Jamás*. Su frente cayó en las manos criminales. Los tres soles, de lejos, semejantes á tres pupilas, le miraban, pero él no los miraba. El espacio semejaba á las llanuras de la tierra, cuando en la tarde el horizon-

te se hunde retrocediendo, sombreado á los ojos blancos del crepúsculo. Largos rayos llegaban hasta las sienas del gran proscrito. A sus espaldas su sombra llenaba el infinito. Las simas del caos se confundían unas con otras.

De pronto sintió que le nacían unas alas horribles. Comprendió que se volvía monstruo y que en él el ángel espiraba, y el rebelde sintió algún fastidio. Dejó sus espaldas, luminosas en otro tiempo, estremecerse al odioso frío de su ala membranosa, cruzando los brazos, alzando la frente, el bandido, como si se engrandeciese bajo el aprobio, sólo en esas profundidades llenas de ruinas miró y fijamente la caverna de la sombra.

Las tinieblas crecían sin ruido en la nada. La opaca oscuridad cerraba el cielo aterrador, y haciendo más allá del último promontorio una triple aboyadura á ese vidrio negro, tres soles confundían sus tres irradiaciones. Se habría dicho que eran las tres ruedas del carro de fuego, quebrado después de un combate en los altos firmamentos. Los montes salían fuera de las brumas como proas. Y bien! exclamó Satanás. ¡sea! ¡aún puedo ver! El tendrá el cielo azul yo tendré el cielo negro. ¡Cree él acaso que yo iré á sollozar á su puerta? Le odio. Tres soles me bastan. ¡Qué me importa! ¡Yo odio el día, el azul, el fulgor, el perfume!

De pronto tembló. No quedaba más que un sol.

VICTOR HUGO.





El descendimiento.—De Rubens.

[De la colección de fotografías del Dr. Flores]



LOS DIOS Y HUEVO



La elevación en la Cruz.—De Rubens.

[De la colección de fotografías del Dr. Flores]



til que su Santa Madre le había tejido. La corona de espinas era grande, y estrecha la abertura de la túnica, para que pudiera vestírsela, le arrancaron de golpe la corona, y la sangre brotó de nuevo de su cabeza y de su frente. También habían traído las cruces de los ladrones; pero éstos no cargaron más que los travesaños de ellas; sólo el Señor cargó la suya apoyándola en el hombro derecho y sosteniéndola en la misma mano.

Veintiocho fariseos se agitaban en la plaza y en las calles adyacentes, mientras los condenados se ponían en marcha. Una parte de los legionarios se quedó en el palacio, y la otra se disponía a marchar hasta el Gólgota. La tristesísima procesión desfiló llevando a su frente una parte de los fariseos que estaban á caballo; seguían alguaciles, esclavos y gente del pueblo que llevaban cuerdas, escalas, cuñas y todos los demás instrumentos del suplicio. Un joven llevaba colgada sobre el pecho la inscripción que había de ponerse en la cruz, y otro hombre en una lanza la corona de espinas. Seguía el Salvador, al que habían puesto un cinturón con puntas de hierro, del que pendían cuatro cuerdas que las llevaban dos hombres adelante y dos atrás. En pos de Jesús, venían los dos ladrones casi desnudos, pues solo traían un escapulario sin mangas y un gorro de paja en la cabeza. Seguían fariseos y gente del pueblo, y cerraban la marcha los legionarios romanos. Una trompeta sonaba al llegar á cada esquina, y en ellas era proclamada la sentencia.

La muchedumbre, que no podía seguirlos de cerca, porque lo impedía la escolta se amontonaba detrás de ésta ó corría siguiendo otras calles para llegar adonde pudiera verlos; muchos se colocaban á uno y otro lado del camino que debía seguir la triste procesión.

En esa mañana, á intervalos, había estado granizando.

## V

La calle de la Amargura que existe hoy, es la misma que el Señor anduvo entonces; es tortuosa, estrecha y desigual. Partiendo del palacio de Pilatos se dirige de Oriente á Occidente, con ligera inclinación al Sur. A poco andar se mira un arco que parece apoyarse en los edificios de una y otra acera que se eleva á poca altura. Ese arco se llama del Ecce Homo, porque desde allí en efecto, pronunciando esas palabras, presentó Pilatos á Jesús coronado de espinas y cubierto con un harapo de púrpura. Los cimientos de la columna derecha del arco, se esconden tras el muro de la iglesia de Señora Santa Ana.

Allí está el convento de las hijas de Sión, fundado por el padre Ratisbona. Las monjas de ese convento son judías convertidas, y el objeto principal de su instituto es pedir por la conversión de sus hermanos. Todos los días, en la misa y después del prefacio, tres veces claman por la conversión de los judíos, pronunciando las mismas palabras de nuestro Salvador: «Perdónalos Señor, que no saben lo que hacen.» La monja con quien hablamos cuando fuimos allí á pedir reliquias de Tierra Santa, era una joven judía, de nacionalidad inglesa, de hermoso rostro, y cuyo padre era uno de los más fuertes banqueros de Londres. También decíase que en su mayor parte son hijas de familias ricas, y que el patrimonio que han renunciado al entrar monjas, sumaría millares de libras esterlinas.

Casi al terminar la calle, se ensancha un poco y su piso se eleva. A la derecha hay algunas casas y á su izquierda una bardas de mampostería. Para seguir el camino del Calvario, se tuerce á la izquierda; á la derecha de allí y no á mucha distancia, se encuentra la casa de Simón el Fariseo, donde la Magdalena ungió por la primera vez los pies del Señor.

## VI

En esa calle, al seguirla el Señor en el día de su Pasión, pasaron episodios terribles, que llenan el alma de pavor y de asombro, y que en los sitios mismos donde se verificaron, el recordarlo eriza los cabellos de terror é inunda el corazón en llanto y amargura, que son inexplicables con palabra humana.

Desde la noche anterior el Señor no había tomado alimento, no había dormido un solo instante y había sido atormentado sin cesar con todo género de afrentas y de dolores; en esa misma mañana había sido coronado de espinas y habían desgarrado con crueles azotes su cuerpo sacratísimo. «Varón de dolores» cubierto de oprobio caminaba agobiado con el peso de la cruz, que apenas podía sostener sobre su hombro con la diestra mano, mientras con la izquierda levantaba su larga túnica, que á cada paso le hacía tropezar y tambalear. Los soldados que llevaban las cuerdas que pendían de su cintura, tiraban en distintas direcciones y apenas podía dar paso Jesús ni sostenerse en pie.

A uno y á otro lado de la calle se agitaba la multitud al verlo, y los esclavos y gente del pueblo le arrojaban piedras, inmundicias y lodo; de las ventanas lanzaban palos; y hasta los niños, con una perversidad horripilante, impropia de su edad inocente, á su paso le arrojaban piedras para que tropezase y cayese. Era la hora del poder de las tinieblas, y el infierno y los hombres se habían desencadenado contra el Hijo de Dios, que venía á quebrantar el poder del uno y salvar á los otros del yugo de Satanás.

En aquel tiempo había un hoyo al fin de la calle, que en la estación de aguas se llenaba de lodo, y habían puesto una piedra grande con el objeto de facilitar el paso. Al llegar Jesús allí, tropezó en ella y cayó á tierra, con la cruz á su lado. Al verlo caer, la multitud lanzó gritos horribles, como de dragones infernales, y los verdugos, alguaciles y fariseos, llenándolo de injurias, de nuevo colocaron sobre su sacrosanta cabeza la corona de espinas y lo obligaron á incorporarse á golpes y á empujones. Jesús suspiraba y gemía, mirando amorosamente á sus verdugos.

Esta fué su primera caída. No es dado expresar con palabras, lo que siente el corazón al besar el sitio en que el Señor cayó!

## VII.

Para comprender cual fué el camino del Gólgota, debe saberse que, aunque todo él constituye la «Vía Dolorosa», ésta se compone de diferentes calles que están en distintas direcciones y no son de la misma anchura ni extensión. Saliendo del palacio de Pilatos, recorrió nuestro Salvador la calle de la Amargura, llamada también del Ecce Homo; torció á su izquierda para entrar en la del Parasismo de la Virgen, que no es larga; volvió sobre su derecha para seguir la de la Verónica hasta la Puerta Judiciaria; tomó á la izquierda para seguir por el lado interior de la muralla hasta la puerta del Calvario; salió por ésta, y del lado de afuera siguió caminando á la derecha al pie de la muralla, casi hasta la altura de la Puerta Judiciaria; y de allí, en fin, torció á la izquierda, y ascendiendo, llegó á la cumbre del Gólgota.

Aunque por razón de Jesucristo, que es verdadero Dios y verdadero hombre, todos los pasajes de su pasión santísima sean sublimes y adorables, no es contrario á la piedad cristiana, que para cada corazón sean unos pasos de ella más conmovedores que otros, ni que muevan de distinta manera el ánimo de cada fiel. El episodio de la segunda caída del Señor, la que se verificó en la corta calle llamada hoy del «Parasismo de la Virgen» por unos, y del «Doloroso Encuentro» por otros, es uno de los pasajes de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo que más mueve la devoción y más lágrimas arranca á los peregrinos de todas las naciones del orbe, que siempre se ven recorriendo la «Vía Dolorosa.»

Los árabes y turcos se separan respetuosamente de los que están rezando el Via Crucis para dejarlos en libertad, y hasta los mismos infieles y judíos se alejan para no interrumpirlos. Se miran allí, rezándolo ó recorriéndolo, á todos los cristianos, lo mismo católicos, que herejes ó cismáticos.

Aun á ralta de toda revelación y de todo testimonio histórico, bastaría la cadena viviente de una tradición no interrumpida para comprobar hasta la evidencia, la autenticidad de los lugares y de los sucesos que se verificaron en ellos.

## VIII

Mientras Jesús fué azotado, la Virgen Santísima estaba en una especie de éxtasis, sufriendo con un amor y un dolor indecible los tormentos de su Divino Hijo. Estaba sostenida por María de Helí y por María de Cleofas, bañados en lágrimas los ojos, y de su boca se exhalaban leves quejidos: estaba vestida con una túnica azul, una capa blanca de lana y un velo blanco amarillento. Las demás amigas de Jesús y de Ella la rodeaban con respeto y ternura, y estaban llorando y temblando como si esperaran su sentencia de muerte. Magdalena, bajo su velo, tenía los cabellos en desorden y estaba pálida y abatida de dolor.

Claudia Proela, mujer de Pilatos, esa pagana compasiva que había sido iluminada por la gracia, le envió á la Santísima Virgen una pieza de tela. A las nueve de la mañana que acababan de flagelar á Jesús, limpiándose la sangre que cubría sus ojos vió á su santa Madre Estaba rodeada de las santas mujeres, que serían como veinte las que entonces la acompañaban; se acercó á la columna en que nuestro Redentor había sido flagelado, tan luego como se apartó el pueblo, y Ella y Magdalena limpiaron la sagrada sangre de Jesús, con los lienzos que Claudia Proela había mandado.

Cuando el Señor fué condenado á muerte, la Santísima Virgen estaba en la plaza, y también cuando la triste comitiva se puso en marcha y el Señor anduvo la calle de la Amargura. Al oír la sentencia de muerte contra su Hijo y su Dios, la Virgen Santísima cayó sin conocimiento, y la retiraron de allí Juan y las santas mujeres que la rodeaban; pero apenas volvió en sí, tuvieron que conducirla a los sitios donde su Hijo había sufrido y donde Ella quería ofrecer el sacrificio de sus lágrimas.

La Dolorosa Madre había salido de la plaza acompañada de Juan y de algunas mujeres. Cuando el ruido del pueblo, el sonido de la trompeta y el movimiento de la escolta de Pilatos anunciaron la marcha para el Calvario, no pudo resistir el deseo de ver todavía á su Divino Hijo, y pidió á Juan la condujese á uno de los sitios por donde Jesús debía de pasar.

Tomaron la calle paralela á la de la Amargura, la misma por donde Pilatos había pasado con su escolta con rumbo á la puerta del Calvario, y llegaron á la calle llamada hoy del Parasismo de la Virgen, antes que la triste procesión desemboscase por el extremo opuesto á ella. En la corta calle del Parasismo se señalan hoy: en el fondo, el lugar donde estaba la casa del Rico Avariento; á la derecha el que ocupaba la del pobre Lázaro, y á la izquierda una barda de cal y canto, que marca probablemente el sitio en que se levantaba el palacio de Caifás, no su tribunal que estaba en Sión, sino su habitación privada, rica y suntuosa.

Cuando la Virgen llegó á este sitio, San Juan obtuvo de un criado compasivo el permiso de ponerse en la puerta del palacio con María y los que la acompañaban. Se cree que además de Juan y las santas mujeres, la acompañó otro discípulo, probablemente San Pedro.

La madre de Dios estaba pálida y con los ojos llenos de lágrimas, y enteramente cubierta con una capa parda azulada, que le había pués sin duda, alguna de las santas mujeres cuando perdió el sentido, al oír la sentencia contra su Divino Hijo.

## IX.

Se oía el ruido sordo de la multitud como un mugido de olas alborotadas; se escucharon después el sonido de la trompeta y la voz del pregonero que proclamaba la sentencia. El portero abrió entonces la puerta. Cada vez el ruido se hacía más fuerte y aterrador; entonces la Virgen Santísima oró y le preguntó á Juan cómo podrá soportarlo? y salieron al dintel de la puerta: María se paró y miró: no había gente por delante, sino atrás y á los lados.

Cuando los que llevaban los instrumentos del supli-

cio se acercaron, María juntó las manos y se puso á llorar y temblar, y uno de ellos preguntó: «¿Quién es esa mujer que se lamenta? Otro respondió: «Es la madre del galileo.» Entonces, señalándola con el dedo la llenaron de injurias, y el que llevaba los clavos se los presentó á la Virgen burlándose. María miró á Jesús que desembocaba entonces la calle, y poniéndose pálida como un cadáver y con los labios azules, se agarró á la puerta para no caer.

Pasaron los fariseos á caballo, luego el joven, casi niño, que llevaba la inscripción, y detrás su Santísimo Hijo Jesús, temblando, agobiado bajo el peso de la cruz é inclinada sobre el hombro su cabeza coronada de espinas. Al dirigir Jesús una mirada de compasión á su Santa Madre, tropezó y cayó sobre sus rodillas y sus manos. Al verlo caer la Madre de Dios, en la fuerza de su dolor no vió soldados ni verdugos, sino sólo á su Hijo Sacrosanto, y precipitándose desde la puerta por entre los soldados que lo maltrataban, cayó de rodillas á su lado y se abrazó de Él. ¡Hijo mío! ¡Madre mía! fueron sus solas palabras.

Hubo entonces un momento de confusión y desorden. Los alguaciles injuriaban á la Madre de Dios. Juan y las santas mujeres pugnaban por alejarla de allí: un alguacil le dijo: «Si lo hubieras aleccionado de otro modo, no estaría en nuestras manos.» Los soldados la echaron para atrás, y María cayó como muerta en medio de Juan y de las santas mujeres que la rodearon. Dos de los discípulos se la llevaron al fin al interior de la casa y cerraron la puerta. Algunos soldados, sin embargo, tuvieron compasión, y entre la multitud que seguía á la escolta lanzando injurias y maldiciones, se veían aquí y allá algunas mujeres cubiertas con sus velos, que iban sollozando y derramando lágrimas.

Esta fué la segunda caída de Jesús, y el doloroso encuentro con su Santa Madre! ¡Gracias, Señor, porque nos concediste contemplar con estos nuestros ojos el lugar mismo donde se verificaron cosas tan grandes y tan increíbles, de dolor tan inmenso y de tan infinito amor!

## X.

Todos esos sucesos adorables y sublimes, prendas son todos del infinito amor de Dios á los hombres; pero el encuentro doloroso de Jesús con su Santa Madre parece tener el don de conmovér de raíz hasta los corazones más depravados y más empedernidos; es el pasaje que más lágrimas arranca á los que recorren el camino de la Cruz, que el Redentor siguió en el tremendo día de su Pasión, para salvar á todos los hombres sus hermanos.

El cuerpo y alma de Jesucristo al unirse al Verbo, se inundaron de agradecimiento y de amor infinitos, y Dios quedó infinitamente complacido con el agradecimiento y el amor de Jesucristo. Los hombres somos amados de Dios, por tanto, á través de ese infinito amor. Las más altas inteligencias no alcanzarían á comprender el amor con que somos amados los hombres: excede á toda altura de pensamiento y á toda profundidad de razón criada, el amor de Jesucristo á una sola alma.

A medida que las almas son más puras, son más amantes y sensibles. El alma de María, libre de toda culpa y en la cual la gracia rebosaba, con indecible amor amaba á su divino Hijo. ¡Qué dolor sentiría y con qué amor ofrecería ese dolor al encontrar á su Hijo en el camino del Calvario! Amándonos á través de su Hijo y por amor á su Dios a un mismo tiempo, ¿qué no alcanzarán en favor de los mortales sus hermanos y sus hijos, las lágrimas que allí y entonces, derramó Ella en el parasismo de su dolor incomparable? Se confunde la inteligencia y el corazón se anonada, al querer penetrar en esos insondables abismos de amor!

## XI

¿No es verdad que es un muy grande beneficio de Dios, el que nos haya concedido el postrarnos y llorar en los lugares mismos donde se dignó obrar cosas tan grandes y maravillosas? ¡Ojalá y al reproducir nuestras impresiones y recuerdos, logremos mover á piedad aunque sea un solo corazón, arrancar en compasión del Divino Hijo y de la Madre Santísima una lágrima siquiera!

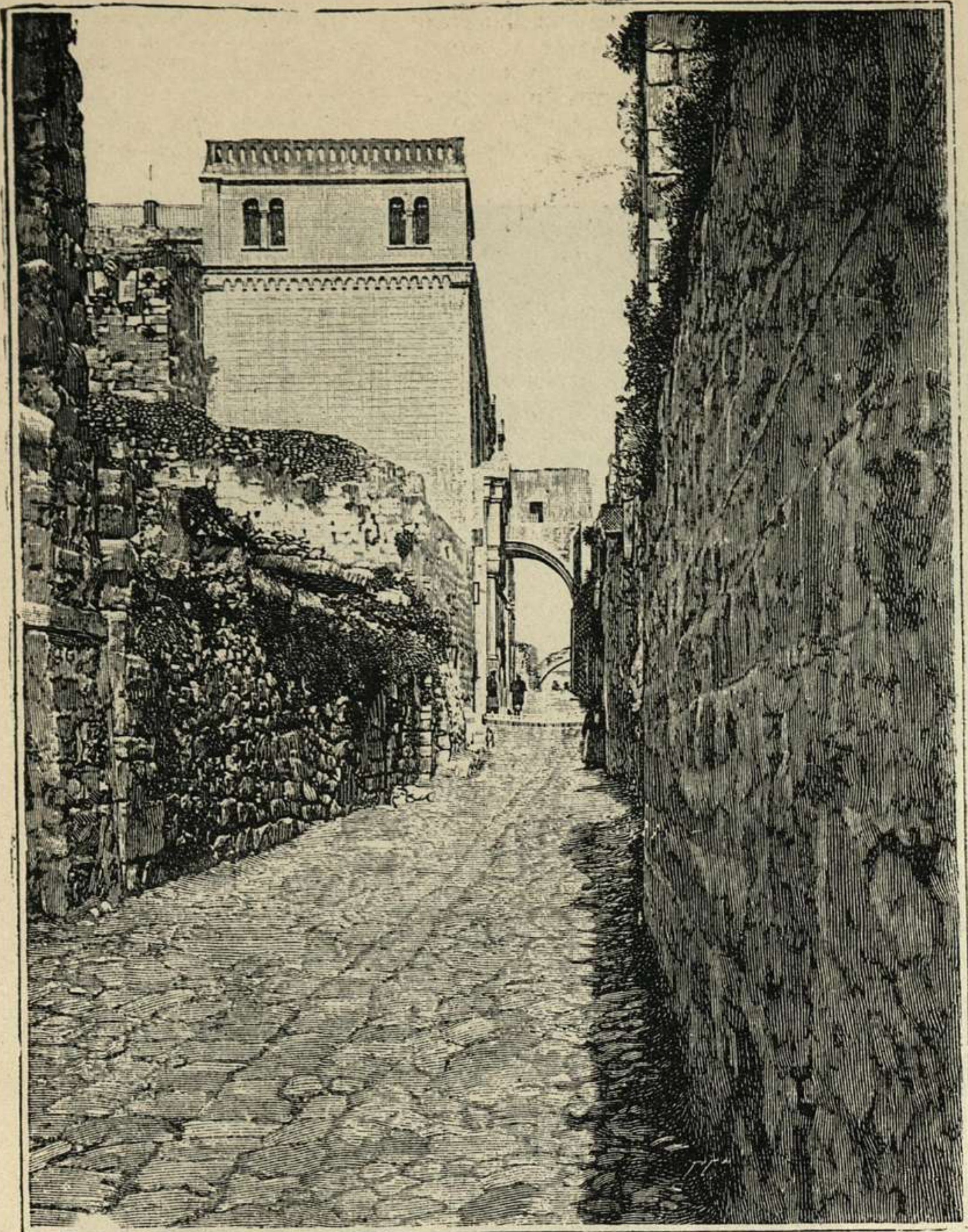
Hemos descrito lo que hemos visto con nuestros propios ojos: no estamos seguros, sin embargo, de haber sido exactos en todos los detalles, porque, á decir verdad, no medimos distancias ni hicimos allí inquisiciones arqueológicas. A Tierra Santa no fuimos como ilustrados viajeros ni anticuarios eruditos, sino solo como humildes cristianos y compungidos peregrinos. Al referir los sucesos históricos, merecemos ser creídos, porque estrictamente nos hemos ajustado á las narraciones de la Madre Catalina Emmerich, el libro sobre la Pasión de Nuestro Señor, que más nos ha hecho sentir y llorar, aun después de haber leído la «Historia de la Pasión» por el padre Palma, esa obra maestra de ese eminenté jesuita.

Corriendo el tiempo, quizás nos olvidemos de Madrid, á pesar de todos los encantos de la raza y de la lengua propias; de Londres con su Tamesis sombrío, el denso humo de sus industrias, el ruido de sus millones de libras y el confuso rumor de aquel hormiguero humano que ensordece y da pavor; de París vomitando en las noches torrentes de luz y haciendo crujir en sus amplias avenidas la seda de su lujo espléndido... pero nunca nos olvidaremos de la amarillenta Jerusalén con sus altas murallas y sus desiertas calles, con su honda tristeza de un Viernes Santo inacabable!

¿Cómo olvidarnos del tristísimo camino que el Señor siguió con su cruz hasta el Calvario? Para seguir el sendero más recto á una eternidad feliz, aun esperamos tornar á ver, á la luz del cirio que alumbró nuestra agonía y á través de la última lágrima que brota de nuestros vidriados ojos, el sitio de la humilde callejuela regada con la sangre del Hijo y el llanto de la Madre, cuando allí se encontraron en aquel tremendo día.

JOSÉ DE JESÚS CUEVAS.





VIA DOLOROSA.—CAPILLA DE LA FLAGELACION



VIA DOLOROSA.—SITIO EN QUE LA VERÓNICA ENJUGÓ EL ROSTRO AL SALVADOR.

## El doloroso encuentro

### I

Al amanecer llamaba siempre á sus puertas el padre encargado de atender á los peregrinos hospedados en la "Casa Nuova". Aunque no son obligatorios los reglamentos que los padres de Tierra Santa han establecido para el régimen interior de esta vasta y caritativa hospedería donde gratuitamente reciben durante quince días á los peregrinos católicos ó latinos, como se les llama en el Oriente, dichos reglamentos son observados por todos con la misma exactitud que si lo fueran. Mientras se vive en la "Casa Nuova" es costumbre levantarse con los primeros albos de la mañana.

Uno de los más bellos espectáculos que se gozan en Palestina, es la salida del sol. En el cielo del Oriente casi no hay crepúsculos: de la obscuridad de la noche, con rápida transición, se pasa á la claridad del día, y en las tardes el sol no parece declinar, sino extinguirse de repente, como un inmenso fanal que se apaga de un soplo.

Desde las ventanas de la celda donde estábamos hospedados, veíase una cenefa blanca y brillante, cual espuma de olas iluminada por la luna, orlando las alturas del monte de los Olivos, haciendo transparente el ramaje de los árboles de Getsemani, y que hacia destacarse limpidos en el horizonte los contornos del Sepulcro de la Virgen y de la iglesia de la Asunción, de la Mezquita de Omar y de la torre de David.

Era el mes de Enero, y la mañana, sin llegar á ser fría, estaba bastante fresca. El invierno en Judea no es nivoso y húmedo como en Europa, sino penetrante y seco como el de Toluca. Brisas venidas del Mediterráneo soplaban del lado del Occidente, cuando el sol, brotando del horizonte, de golpe, inundó el cielo, en un instante, de luz y de colores. Los cimborrios de la iglesia del Santo Sepulcro y de Santiago el menor brillaron bañados por una lluvia de fuego, se iluminó súbitamente el austero y melancólico panorama de la «Ciudad Santa», las alturas de Sion y Moria, el Valle de Josafat y el torrente del Cedrón, el pavoroso Hacedama y la triste tumba de los Reyes.

La campana del convento de San Salvador, que raras veces se toca, suele llamar á misa cuando Jerusalem despierta. Las vibraciones de esa campana parecen resonar en lo más íntimo del alma; su tañido no es sólo profundamente triste, sino velado y medroso como si temiera despertar la persecución.

San Salvador, es el convento en Jerusalem, de los padres franciscanos encargados de guardar los Santos Lugares.

### II

La iglesia del convento de San Salvador no está en la planta baja, sino en el piso superior y en el centro del edificio. Esta locación del templo, exigida por la necesidad de poner á cubierto de profanaciones el culto católico y de un golpe de mano á los fieles le da mayor recogimiento y acentúa el sentimiento piadoso con una dulce sombra de pavor; las precauciones mismas que se toman, revelan el peligro y recuerdan que aquel augusto sitio ha sido en varias épocas regado con sangre de mártires.

Es profundamente conmovedor asistir al santo sacrificio de la Misa á bordo de un buque en alta mar, ó en medio de un campamento en el que el altar se ve rodeado de un bosque de bayonetas, y la luz de los cirios refléjase en las hojas brillantes de sables desnudos; pero después de asistir al sacrificio incruento sobre la roca misma del Calvario, no hay acto tan imponente como el oír la Santa Misa en la capilla interna, casi secreta del convento de San Salvador en Jerusalem. A la Misa que allí se celebra en la mañana asisten muchos padres de la Comunidad, con sus hábitos oscuros y sus luengas barbas: judías católicas vestidas como la Santísima Virgen y la Magdalena con túnicas oscuras y mantos azules ó blancos; fieles con los trajes y fisonomías de las razas todas del mundo. Seven allí arrodillados junto al rubio alemán, el árabe moreno; junto al francés ó el italiano, el copto y el absinio, junto al americano, el persa y el armenio. Miranse confundidos á la luz de una fe y al fuego de la misma caridad, las razas más disímolas del mundo: los pobladores de las regiones más distintas del globo allí se confunden todos bajo el dulce nombre de cristianos.

Después de la misa se suele hacer oración en común, rezando el Rosario ó entonando la letanía de la Virgen. A los asistentes se les advierte que contesten en latín que es el lenguaje universal de la Iglesia católica. Así lo hacen todos al principio; pero conmovidos á las primeras invocaciones de la letanía, ya no son dueños de sí y sojuzgados por la emoción, comienza cada uno á responder en su propia lengua, hasta que entonan todos un himno inmenso en que se mezclan las lenguas de todos los acentos conocidos. Al último nadie puede responder ya en acentos articulados, y un sollozo hondísimo un gemido sin fin es el *ora pro nobis* con que invocan á la Madre de su Dios los miseros mortales. El llanto es el solo lenguaje menos indigno de tanta devoción y de tan grande ternura.

Después de haber oído misa en San Salvador, volvimos á "Casa Nuova," á esperar la hora del refectorio para desayunarnos, y á prepararnos, leyendo los pasajes relativos, para recorrer en la mañana de ese día la "Vía Dolorosa," camino que nuestro Salvador hizo con la Cruz á cuestras, desde el sitio donde lo condenó Pilatos, hasta la cumbre del Calvario.

### III

Las diez de la mañana serían cuando tomando la calle desigual y estrecha que parte de la puerta de Jaffa, dejando á la derecha el muro único resto del antiguo Templo, donde hoy lloran los judíos, por ella seguimos hasta la altura de la mezquita de Omar, y allí torcimos á la izquierda para dirigarnos al palacio de Pilatos, situado en el ángulo Noroeste del atrio del Templo.

El palacio de Pilatos estuvo en el mismo lugar donde se levantaba la torre Antonia: el área que sustentó estos dos monumentos, tan célebres en la historia del mundo, está hoy ocupada por una vasta edificación que los turcos han destinado á cuartel. Entendemos que es el único que hay en Jerusalem actualmente, pues sólo allí vimos cuerpo de guardia, y simples retenes algunas veces en la iglesia del Santo Sepulcro y en la torre de David.

Aunque la fachada del cuartel mira hácia el Norte, la entrada está por la parte del Occidente en un ancon que forma hácia ese lado el edificio. Muy difícil es des-

cribir con claridad su distribución, pues aun estando allí no es fácil comprenderla: tiene varios patios, galerías, escaleras y pasadizos, que se conoce han sido construidos sin seguir un plan determinado, en diversas épocas y con distintos objetos. Los soldados sólo ocupan el primer patio y los demás están abandonados. Entre las baldosas levantadas brota la hierba, se miran carcomidas sus paredes, y desplomados por el tiempo algunos de sus muros y corredores. Todos los cimientos y a guisos de sus muros, son de la época de Nuestro Señor, y entre ellos pasaron muchas de las escenas de su adorable pasión.

El edificio está en el ángulo del atrio del Templo, no lejos de la puerta de San Esteban é inmediato, por tanto, á la Piscina Probática, y al estanque donde se lavaban las ovejas destinadas á los sacrificios simbólicos del antiguo rito.

A poca distancia del de Pilatos, aproximándose á la muralla, estaba el palacio de Herodes. Hoy día, separada por una callejuela estrecha, frente al palacio de Pilatos, se halla la capilla de la Flagelación, levantada en el sitio donde el Señor fué azotado. Al entrar á ella salió á recibirnos un sacerdote á cuyo cuidado está, y que apenas nos hubo oído cuando se le demudó el semblante y se le arrasaron de lágrimas los ojos. Era un sacerdote mexicano, nacido en Querétaro, quien al oírnos hablar, conoció en el acento que éramos sus compatriotas, y no pudo, á pesar de la austeridad de su virtud y la gravedad de su carácter, dominar la emoción ante ese recuerdo viviente de su patria.

Actualmente el frente del palacio de Pilatos está obstruido por edificaciones privadas y por la capilla de la Flagelación, sin que haya quedado libre más que el sitio que ocupa la calle de la Amargura. En tiempo de Nuestro Señor había una gran plaza frente al palacio, y en el centro de ella, el pretorio llamado en hebreo "Gabatta," donde Pilatos pronunció sentencia de muerte contra Jesús. En esa plaza se reunió la plebe que vociferando pedía la muerte del Señor y que su sangre cayera sobre ellos y sus hijos.

Entonces partían de allí varias calles, entre otras dos con dirección al Calvario; la una amplia, que fué la que siguió pilatos después de haber condenado á Jesús: temiendo que hubiese algún tumulto con motivo de la sentencia, precedido de la caballería y seguido de trescientos infantes, se dirigió en ese día rodeado de sus oficiales, desde su palacio hasta la puerta de la muralla que daba salida para el Calvario; la otra calle es la misma que hoy existe, y fué la que siguió Nuestro Señor con la Cruz á cuestras, el día de su crucifixión y muerte.

El lugar, pues, en que Jesús fué cargado con la Cruz, fué el principio de la Vía Dolorosa, y de ese punto partimos nosotros para recorrerla no como viajeros curiosos, sino como creyentes peregrinos.

### IV

El Señor fué condenado á las diez de la mañana. Cuando Pilatos hubo pronunciado su inicua sentencia, trajeron unos esclavos la Cruz, que desde la noche anterior, ó más bien en la madrugada de ese día, había sido labrada. Los brazos de ella aún no estaban atados al mástil, y los esclavos pusieron las piezas en el suelo, en medio de la plaza y junto á los pies de Jesús. Nuestro Señor se arrodilló y la besó tres veces:

Estaba Jesús desnudo, y trajeron la túnica inconsú-





## LOS MAS FUERTES

POR GEORGES CLEMENCEAU—ILUSTRACIONES GRABADAS EN NUESTROS TALLERES.

Número 14

Montperrier contemplaba de lejos á la bayadera adivinando en el orgullo de sus ojos que en él iba á recaer el provecho de ese triunfo. Claudia, con todos sus sentidos bebía sedienta esta vida encantada marchando en un sueño férreo de reinado: festejada por todas esas miradas ávidamente fijadas en ella, oyendo susurrar el salmo de las adulaciones interesadas, se decía la loca: «el mundo es mío, yo lo puedo todo» sin comprender que era el mundo el que se había apoderado de ella y que su fuerza imaginaria era la de la corriente que la arrastraba. Ay! cómo escapar á la ilusión común cuando todo conspira á la mentira, cuando la verdad de la dicha desdeñosamente repulsada huía con el hombre que no había ofrecido más que amor!

Ella ni lo veía ni lo buscaba y el padrino se hundía también al peso del inútil tesoro. Lo que hería su vista era la lisonja brillante disfrazada de homenaje de adoración y el único pensamiento que le venía era crecer y crecer más en una ascensión de dominio sin fin. Y la elección del que debía de ser su esposo la rebajaba á calcular la cantidad de poder que debía exigir en cambio de su cantidad de dinero. A este comistrajo (que ni comercio siquiera) iba á sacrificar su juventud, su vida y hasta la esperanza de amar.

La nobleza arruinada le parecía poco y veía á Montperrier en acción alabado y adulado de todos, y le parecía que en efecto sus intereses se

podían combinar. —¿Qué podían ofrecer Deschars y el padrino que rivalizara con la magia de los salones de su padre?

Cuando la reunión terminaba, se aproximó Montperrier á decirle adios.

—Y bien, le dijo, está usted contenta? Todo esto lo hicimos por usted.

—En ese caso, llegaron más allá de mis esperanzas y esta noche la recordaré siempre.

—¡Qué alegría si me asociara usted á ese recuerdo!

—Lo puede usted dudar?

—Señorita, recojo esa palabra. Mi orgullo sabrá resistir al deseo de sacarle ventajas. Nada se ofrece á las reinas y ellas son las que eligen á sus servidores. Si algún día quiere usted elegirme, bastará la más leve señal.

Le tendió la mano y Claudia presentó la suya lentamente, como cohibida por una última vacilación. Al otro lado del salón Harlé tenía apasionadas las dos manos de la vizcondesa que decía:

—No, no, es preciso esperar hasta mañana.

XVI.

Al día siguiente Puymaufroy se hizo anunciar en casa de Claudia, y recibió este billete en respuesta:

—«Querido padrino. No he dormido. Estaré vestida dentro de una hora.»

Aunque vanamente hubiera esperado el sueño, Claudia estaba ya sobre las armas, y acababa de dirigir á Deschars estas palabras:

«Venga usted esta tarde.»

Para la explicación con su padrino, única temible, quería poner en orden sus ideas.

Puymaufroy anduvo errando á la ventura y empleó esta hora en revolver el puñal en la herida diciéndose mil veces. «No hice nada» y mil veces agregando «¿y qué podía yo hacer?»

Ahora llegaba el momento supremo, y un resto de esperanza agravaba su angustia con la eterna cuestión: «¿qué palabra, qué grito encontrar que despierte mi sangre y resucite á Clara?» Estaba al fin de sus fuerzas, agotado por el sentimiento, cuando llegó al salón donde Claudia le esperaba con esa tensión nerviosa que se siente al otro día de una fiesta, aumentada por la emoción de la batalla. Pálido, estremecido, con los ojos brillantes y la voz seca, Puymaufroy vió una Claudia enemiga, y después de un abrazo como el de dos gladiadores antes de entrar en combate, presentó el pecho para recibir el golpe.

—Padrino: como comprenderá usted, ya sé lo que viene á decirme. Tuve la desgracia de apenar á Deschars haciéndole ver que no éramos el uno para el otro. Qué quiere usted? No sentimos lo mismo. Usted sabe que sería en vano que se me quisiera violentar y le hago esta justicia, pero no ignoro que le habría sido grato que aceptara





Al Cesar lo que es del Cesar.—Cuadro del Ticiano





lo que se refugia á los recursos extremos, creyendo saber y no sabiendo nada de la vida. Y así cierra usted ciega y violentamente el corazón á las instigaciones de su padrino que son la verdad y el amor y así obra usted contra su pensamiento y contra su voluntad.

—Me juzga usted demasiado bien. Yo soy doble, verdaderamente incomprensible hasta para mi propio criterio y hay horas en que querría alegremente poner mis manos en las de usted y ser feliz á la manera que usted entiende la felicidad, pero se me ha puesto en otras condiciones de vida; mis millones me arrojan en brazos de Montperrier á quien no amo y por quien mañana abriré sabe Dios qué sentimientos, puesto que no hallaré á su lado más satisfacciones que las del orgullo á las que ahora sacrifico el amor. Esto no es nuevo, solamente que yo voy al mundo con los ojos muy bien abiertos. No se me obliga: sigo la vía que se me ha trazado porque no tengo fuerzas ni voluntad para abirme otra. Desprécieme usted por esta cobardía, ódieme por el mal que le hago, pero compadézcame por la pena que sufro.

—Si verdaderamente sufre usted, rescátese se lo ruego. Es tiempo todavía. Alce usted la frente y resuelva por sí misma de su libertad. Sálvese y sálvenos y no mate, sin tener ni aun la excusa de la ignorancia, la felicidad de toda su vida.

—Ya es demasiado tarde. Mi destino está fijado. Levantada hoy recaería mañana. Sin una resolución irrevocable ¿habría yo podido hablar como lo hice el otro día? ¿habría podido rebelarme como lo hice hoy por la mañana contra la bondad de mi padrino? ¿podría en estos momentos en que estoy avergonzada, quedarme sin recoger las palabras reveladoras de mis malos propósitos y dejarlas en pie? No: todo ha concluido, ya lo dije. Es mejor para usted y para mí el breve sufrimiento de hoy, que tenemos que torturar toda la vida. . . . Mañana, agregó Claudia después de una pausa, haré conocer *su dicha* al señor de Montperrier. Ni yo misma comprendo por qué he querido antes hablar con usted: tal vez para poner á prueba mi decisión. Pnes bien, si fué así, confie-

so que mi pena es cruel pero la decisión permanece. De consiguiente parta usted, sin decir adiós, sin ver lo que deja atrás. Vaya usted á pasear sus ensueños por la tierra y acaso encuentre una mujer digna de realizarlos. Usted me olvidará y será su premio. ¡Quién sabe si no será mi castigo acordarme de usted!

Mauricio quiso besar la mano que le tendió Claudia, pero ella la retiró bruscamente como quemada por las lágrimas que se anticiparon al beso.

—No, dijo, yo no merezco ese dolor! váyase usted.

Y como Mauricio iba á hablar, le cortó la palabra diciéndole:

—Ni una palabra más, se lo suplico: Sea usted generoso hasta el fin. No sería capaz de cambiar y cualquiera insistencia solamente serviría para aumentar mi dolor. Adiós! Algo en nosotros se rompe y soy yo quien lo quiere. Perdón. Piedad. Ya ve usted bien que no lo amo!

Y huyó hácia el salón. Deschars, embrutecido quedó allí inmóvil oyendo el ruido de los pasos precipitados sobre la arena, como esperando que Claudia volviera arrepentida, buscando en él alguna resolución más allá de la última derrota y no encontrando otra cosa que su voluntad aniquilada. Un ruido al fin le volvió á la realidad de las cosas; creyó oír á Harlé y se precipitó á la calle. Desde su ventana Claudia le vió partir sin hacer el más leve gesto de emoción por ese amor de su vida que ella había arrojado para siempre. Pero luego, al golpe de la puerta de la reja, semejante al de la losa que cae sobre un sepulcro, Claudia tembló y con las facciones horriblemente contraídas, corrió á la consola cuya ornamentación ocultaba un secreto y haciendo jugar el resorte, tomó una cajita de concha esmaltada de oro que colocó sobre la mesa, y después de correr el cerrojo de su puerta se desvistió con febril precipitación.

Cuando al fin quedó lista para dormir, Claudia se sentó junto á la lámpara, y sacandole la cajita una microscópica jeringa de oro— misterioso, regalo de la vizcondesa,—la cargó de morfina y se hizo la primera inyección! . . .

Entretanto, Deschars regresaba lentamente al hotel donde desesperaba Puymaufroy. No esperando nada de nadie, el ingrato olvidaba á su amigo, cuyas angustias no podía adivinar.

En la puerta, Naneta lo llamó súbitamente á las realidades de la vida.

—Amiga mía, dijo él con voz ahogada, hágame usted el favor de decir al Marqués que me estoy cayendo de fatiga y que lo veré mañana.

No era necesario decir tantas palabras. La vieja, en el sonido de su voz, había comprendido el desastre.

—Parece que eso no marcha, dijo entrando á la habitación de Puymaufroy. Esto era facil de adivinarse con un hombre como el señor Mauricio, que no sabe hablar gordo cuando se necesita. Dice que vendrá mañana, ya trataremos de consolarle; pero nosotros tenemos que salvar á nuestra hija. También usted suplica y riñe cuando tendría derecho de mandar.

Y querellando á Enrique inclinó su pensamiento al desastre de Mauricio y lo resolvió á tentar un supremo esfuerzo de salvación.

—Dices bien, le contestó el Marqués; mucho tiempo he retrocedido ante las palabras decisivas. Esta vez ella me oirá.

En su cuarto, Deschars iba de un lado al otro con la faz contraída, la mirada do'orosamente vaga, tratando de recobrar un resto de energía. Al amanecer se sentó á la mesa y con un movimiento resuelto escribió la siguiente carta:

«Al señor Marqués de Puymaufroy:

«Perdóneme usted qué parta sin despedirme, pero ¿qué podría decirle que no le llenara de aflicción? Ayer recibí de Claudia la declaración definitiva de que no me ama y eso es ya demasiado. Me apresuro á ponerme en camino y en tanto usted siga amándola, pues que tiene derecho para ello. Vuelvo á emprender al azar mis correrías inútiles. Ya le escribiré á usted algún día.

Suyo siempre con creciente cariño

Mauricio.»

Dos horas después estaba en camino para Marsella.



yo la petición de su amigo. Es un buen partido, pero se me deben consentir consideraciones que me son personales. Por qué pues querellarme?

—Pero qué dices desgraciada? te he querellado jamás? Por qué esta agresión antes de mi primera palabra?

—Es que ya sé lo que me va usted á decir y hasta lo que piensa.

—Poco entonces te cuidas de lo que pienso. Pero en lo que has dicho te equivocas, pues no vengo á hablarte de Mauricio aunque tengo hacia él el afecto más vivo, por que es joven, valiente y bueno, cree y te ama. Esto no es bastante puesto que no le amas tú, por lo cual te compadezco, pero no habiéndote dado consejos anteriores sobre el particular, no tengo ahora nada que decirte de eso.

—Entonces dígame usted francamente qué es lo que quiere de mí.

—Pues bien: no quiero que te cases con Montperrier ¿He hablado claro?

—Muy claro; pero es necesario darme las razones.

—Que no quiere mas que tu dinero.

—Diga usted que él me acepta con mi situación como yo lo acepto con la suya. ¿No debe ser así el cálculo de cada uno en esta clase de negocios?

—No!

—Oh! sí. El señor Deschars se casaría conmigo, si fuera pastora y sufriría una equivocación. La vida no se puede pasar exclusivamente diciéndo: «te amo» y si esas dos palabras bastaran para la dicha, tendríamos el paraíso en la tierra, pero no es eso lo que hace falta. Hay que entenderse y poner de acuerdo el programa de la vida. Creo que Montperrier tiene un hermoso porvenir que yo puedo aprovechar y al que llegaré más pronto con mi dinero. ¿Por qué no casarme con Montperrier?

—Por que no le amas, porque con toda su juventud es viejo del espíritu y del corazón, usado en las farsas, disecado en el cálculo, y que no puede ser bueno puesto que su fuerza nace solo de la agena debilidad.

—Diga usted que no es de sus teorías.

—Yo no tengo teorías. Para excusarte á tus propios ojos, intentas persuadirte de que yo he querido desviarte de los placeres del mundo. No, pobre niña mía! Lo que habría deseado es que los pusieras en el lugar de tu vida que les corresponde; pero se te ha empujado en la funesta pendiente y ya no te puedes detener. El mundo te ha tomado por entero y ves venir el instante en que no será nada para tí. Esa es la peor desgracia. Porque ese mundo á que te entregas incondicionalmente, es egoísta, cruel, malo y cobarde, y corrompe y pervierte todo para hacerlo á su imagen. Cuando lo comprendas, ya serás su víctima y entonces me llamarás y ya habré muerto. Hoy te podrias salvar si me amaras aún.

—Padrino, apesar de esos duros reproches, bien sabe usted que le amo y que sufro resistiéndome á sus indicaciones, pero usted padece un error, se lo aseguro, queriendo hacerme feliz contra mi voluntad á gusto de su filosofía. Yo no soy usted; yo soy yo. Déjeme usted disponer á mi antojo de mi felicidad.

—Lo que llamas tu felicidad, Claudia, es la desgracia irreparable, la miseria de una vida desperdiciada; y será la desesperación cuando los brazos que ahora te estoy abriendo en vano, estén helados bajo la tierra.

—Y si se está usted engañado?

—Y si te estás engañando tú? Yo te amo y veo tu destino.

—Hago mi destino y acepto las consecuencias. ¿Quiere usted que se lo diga? Pues bien; no amo á Mauricio Deschars en el sentido que usted da á esa palabra, pero está lejos de desagradarme y no lo veré partir sin dolor. Déjeme usted la eventualidad de este último día y no me haga decir desde luego la palabra que aun me resisto á pronunciar. Todo ha hablado en su favor; él mismo, usted, algo interior en mí, todo excepto ese mundo que usted detesta, que él detesta también, que habla por mi boca apesar mío tal vez y que siento que es más fuerte.

¿Qué diría usted mañana si me viera desgraciada por haber seguido sus consejos y si le fuera necesario reconocer que usted había causado mi desdicha?

—Yo te digo sencillamente que note cases con Montperrier.

—Es que hay lógica en mis actos. Si hago el sacrificio del hombre que hubiera podido elegir, á

lo menos recojo en opinión del mundo las ventajas, puesto que Montperrier es propósito para este fin. El y yo aliamos nuestras fuerzas para reinar.

—Y eres tú Claudia, tú la que te atreves á decirme cínicamente que reemplazas el amor con un mercado?

—Un mercado como aquellos de que somos testigos todos los días y que la indulgencia de usted perdona á sus antepasados y á sus amigos. Usted me encuentra cínicamente, y ¿qué hago si no razonar mis actos que son los de todo el mundo? Ya sé que en torno mío hay señoritas que tienen una madre para que discuta esas cosas y ellas bajan púdicamente los ojos mientras que se trafica con ellas bajo la capa de fórmulas decentes y se hacen de las novicias sin voluntad propia. Pues bien, yo estoy obligada á pensar y á hablar por mí misma, y mi cinismo no es sino probidad.

—Tu sangre fría me espanta. Ya tú no eres tú y parece que Harlé por su éxito te ha forjado una alma nueva. Si tu madre pudiera revivir en este mismo instante yo te desafiaria á sostener sus miradas. Pues bien: es forzoso que la oigas.

—Padrino, por favor, no haga usted hablar á los muertos, eso es una simpleza, y oígame usted, se lo ruego. Váyase usted sin decir una palabra más y déjeme mi plena libertad hasta esta tarde. Ya sabrá usted por el conducto del señor Deschars lo que él y yo hablemos. Espere usted, se lo pido por piedad para mí y por piedad para nosotros. Yo me diré á mi misma todo lo que usted me podría decir.

Y Puymaufroy, mudo, partió sin saber cómo ni porqué, asíéndose todavía á la esperanza de una rebelión de la vergüenza, mortalmente herido por ese corazón duro que se cerraba al corazón de Clara, ahogando difícilmente una cólera cuyo estallido le daba miedo...

La palabra de la señora Fourchamps: «es fuerza esperar hasta mañana» acentuada con un tono de mujer que se rinde, parecía al orgulloso candor del industrial como la palabra mística consagrada para subir al trono. Esto era el coronamiento, el término supremo. Cien veces había estado á punto de arrojarle á los pies de la vizcondesa y recitarle cosas que componía artísticamente á sus solas; pero siempre un no se qué de aquella mirada que no podía afrontar, le dejaba inmóvil la declaración de amor pronta á estallar. Resolvió hacer sus confidencias á Oppert, que lo escuchó sin manifestar demasiada sorpresa y le prodigó consejos, entre los cuales Harlé creyó distinguir no sin alegría, un dejo de la amargura de los celos.

La opinión del Barón se concentraba en una palabra: «paciencia» pero el enamorado industrial no queria esperar más. O era un necio ó aquel «es fuerza esperar hasta mañana» queria decir claramente «amo á usted» Amar, ser amado iba á conocer esta felicidad suprema á que todos los hombres aspiran y que por lo común los más grandes no han cantado sino para hacerse ilusiones. En el ocaso de su vida, después de la labor inmensa que le ponía por fin en el primer rango de los jefes de acción moderna, encontraba una mujer ideal, la más bella, la más inteligente, la más amorosa, que le comprendía, le amaba, le completaba milagrosamente y haría de él el más feliz, el más dichoso, el más envidiable, el más fuerte de los más fuertes. Esto es lo que él la decía en términos precisos á ella misma, á la hora en que Puymaufroy se batía dolorosamente contra la lógica feroz de Claudia, y en verdad que esta perspectiva de hacer la dicha del gran Harlé parecía colmar de alegría á la vizcondesa.

—¿Cómo, son verdad todas esas cosas tan bellas, decía ella en una especie de éxtasis? ¿es posible que un hombre como usted...

El resto se acababa con una dulce presión de la artística mano que el enamorado cubría de sonoros besos!

—Pues bien, la suerte esta echada amigo mío, cuando usted quiera será la señora de Harlé.

—La condesa de Harlé. Yo no habría consentido en hacer decaer á la vizcondesa de Fourchamps. El Santo Padre me ha concedido el título de conde.

—El secreto fué bien guardado, pero no crea usted que me tientan esas vanidades.

—Ya lo sé, pero no hubiera querido que usted descendiera.

—Con usted no hay descenso posible.

—Pero existen tantos tontos...

—Eso me decía Montperrier cuando le aconsejé revalidar el título que sus antepasados abandonaron en la revolución.

—Es señor de algo?

—Sí, vizconde como Chateaubriand ¿qué le parecería á usted para marido de Claudia?

—Vizconde de Montperrier? No está malo. Y usted cree que Claudia...

—Yo sé que Montperrier tiene por usted la más grande admiración y que ese matrimonio colmaría sus votos. Qué dice usted?

—Lo que usted guste. De qué se rie usted?

—De esos jóvenes que van á casarse como antes lo hicimos los dos, por razones de conveniencia, en tanto que nosotros más felices aún, hacemos un matrimonio de amor.

Apenas salió Harlé, Puymaufroy se hizo anunciar á la vizcondesa.

Puymaufroy había estado desesperado por lo que le dijo aquella niña cruel sin una lágrima, sin un estremecimiento. Y él, cobarde, no había osado llorar, gritar, imponer su autoridad. No tenía ningún auxilio posible, y ¿cómo admirarse si había quedado burlado, escarnecido, odiosamente ultrajado por una vizcondesa de Fourchamps?

Entonces le vino al pensamiento esta criatura vil que á precio infame le propuso la salvación de Claudia. En vez de dejar hablar al corazón, él debió fingir, ganar tiempo, y una vez conseguida la dicha de Claudia, suicidarse en último caso.

—Y bien, hagamos el último sacrificio, pensó.

Y sin proyecto determinado corrió á casa de la vizcondesa que se estremeció de alegría porque la fortuna le traía al vencido.

—Acaba usted de hablar con Harlé: no es cierto?

—No señora, he querido venir á decirle á usted que conmovido por sus afectuosos ofrecimientos...

—Debo de interrumpir á usted marques, diciéndole que mi palabra está dada y que me caso con el conde Harlé dentro de un mes.

—Mil perdones. Excuse usted mi sorpresa y crea usted que felicito sobre todo á Harlé que no sabía yo fuera conde.

—Suprima usted sus admiraciones á las que no falta algún despecho. Usted me hizo la corte, no hay que negarlo, y su entusiasmo es sospechoso. Pero no puedo oír ni una sola palabra mas, ya que su turbación acaba de hablarme muy claramente.

Después de un diálogo amargo y difícil, Puymaufroy salió embrutecido, presa del vértigo, al borde de la locura.

En tanto que Puymaufroy vagaba como bestia herida, Domingo, recibía las felicitaciones de su amigo Oppert y cuando regresó á su casa para cenar, se formó la resolución de confesar á Claudia su felicidad; pero cuando iba á abrir la boca fué anunciado Deschars y Harlé lo recibió con cordialidad. Después de algunas vueltas en el jardín, lo dejó con Claudia excusándose por ocupaciones urgentes y ofreciéndole volver.

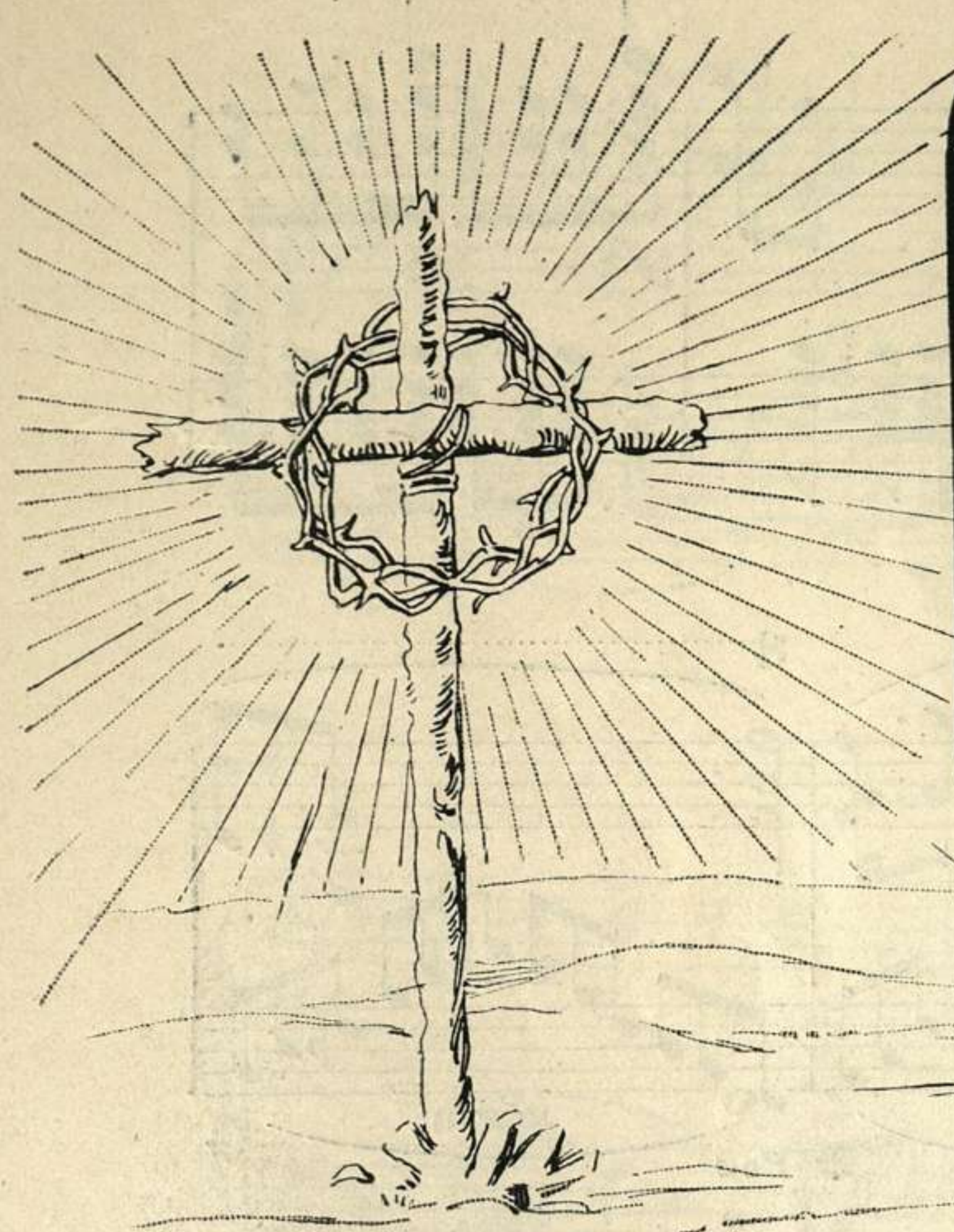
Los jóvenes se sentaron en un banco y hubo un silencio entre los dos; un silencio de angustia y de pavor como el del reo y el verdugo cuando el hacha está levantada. Entre la vida y la muerte, Mauricio esperaba con la dolorosa voluptuosidad del que ansía lo imposible. Claudia estupefacta sentía en las mudas convulsiones de su garganta estrangulada que su esfuerzo por hablar se transformaría en sollozos, y tuvo la idea de huir; si Deschars hubiera sido ejercitado y audáz, quien sabe qué partido habría sacado de la explosión de aquellas emociones. Pero inmóvil, desvanecido en el abrumamiento de un día de tempestad, Deschars veía la luz de un candelabro en que se venían á quemar sus últimas mariposas. Sin gesto, sin pensamiento, esperaba.

Al fin, Claudia que se había repuesto comenzó á hablar.

—Hizo usted bien al venir, dijo con voz ronca. Aunque pueda ser penoso para los dos, es forzoso que me oiga usted todavía. Debería, si tuviera fuerza de voluntad, no preocuparme del juicio que se haya usted formado de mí despues de nuestra última entrevista, pero no puedo resolverme á quedar mal comprendida.

—Yo comprendo á usted puesto que la amo y la conozco bien y la veo víctima de las malas sugerencias que la rodean, y ahora oigo por boca de usted hablar á su padre y no á usted misma. La conozco más de lo que usted se conoce y es por debilidad, por desconfianza de sus fuerzas, por





# AGUS ANIMAN

## STABAT MATER DE ROSSINI

TRASCRIPCION  
por H Alberti.

Allegro maestoso.

PIANO

The musical score is written for piano and consists of five systems of staves. The first system includes dynamic markings *ff*, *ff*, and *pp*. The second system includes *p* and *dolce*. The third system includes *ff*. The fourth and fifth systems include *pp*. The score is in a key signature of one flat and a common time signature.



## XVII

Al día siguiente, en la mesa, y después de almorzar, Claudia y Harlé se observaban en silencio. Este, febricitante, esperaba la ocasión de hablar preocupado únicamente de ocultar bajo el pretexto de una unión de conveniencia la secreta embriaguez de su matrimonio por amor. Claudia, todavía bajo la obsesión de la morfina, gozaba en un desvanecimiento el emponzoñado encanto de un delicioso estupor. Ella esperaba la interrogación de su padre y presintiendo que se iba á tratar de Montperrier, pensaba vagamente que sería de buen gusto manifestar alguna inclinación hácia su futuro esposo.

Por fin, después de haber asegurado su voz por medio de una tosecilla preliminar, Harlé comenzó su discurso:

—Tengo una gran noticia que darté, hija mía. Acabo de recibir un título de conde. El Santo Padre me ha concedido graciosamente este favor que yo no había solicitado, pues sabes que estoy muy por encima de esas vanidades. Supongo que se ha querido recompensar el servicio prestado á la religión con las instituciones piadosas de Santa Radegunda, al mismo tiempo que atraerse la buena voluntad del *Diario Universal* en favor de la buena causa. No podría yo sin ofender á la Santa Sede susstraerme á este honor. Así pues ya soy conde, lo cual en la alta situación á que he llegado, es una sortija en el dedo. No tengo necesidad de nadie, y todo el mundo necesita de mí. ¡Pero qué! Uno de estos días tú te irás en brazos de un gallardo marido y yo estoy en peligro de quedarme solo en este gran palacio, lo cual sería bien triste. De consiguiente no te sorprenderá que me haya venido la idea de formar una nueva familia, por supuesto, cuidando mucho de no herir ni tus intereses, ni tus sentimientos.

—No diga usted mas, papá: se casa usted con la señora Fourchamps.

—Estoy encantado de tus facultades de adivinación. Esto prueba que todo se concilia de la mejor manera del mundo puesto que, sin que yo dijera una palabra de la persona.....

—Vamos, papá, usted quiere chancearse. Tengo ojos. Usted está enamorado como un loco.

Harlé enrojéció hasta las orejas.

—¿Qué es lo que dices? La señora Fourchamps es nuestra mejor amiga y ha venido velando por tí desde tu entrada en el mundo; te ha colmado de cuidados afectuosos y tiernos, y yo por este inapreciable servicio tengo hácia ella un reconocimiento sin límites. Es verdad que la admiro como la admira conmigo todo París, pero esto no puede justificar tus tonterías. En la carrera política en que voy á entrar, necesito una mujer que me secunde. Dí que soy ambicioso y estarás más cerca de la verdad porque según comprenderás, es imposible encontrar una auxiliar más feliz.

—Todo lo que usted quiera papá, pero un poco de sentimentalismo no viene mal á la edad de usted! La señora Fourchamps ha sido muy buena para mí y no pueden más que regocijarme cualesquiera que sean, los sentimientos que deciden á usted á aproximarla más cerca todavía de nosotros. Este resultado de su ambición como usted lo llama, estaba previsto por mí desde hace mucho tiempo y como todas las conveniencias son perfectas, si tiene usted una debilidad de corazón no seré yo quien le traicione.

Harlé bajaba los ojos lleno de timidez á la sola idea del amor.

—Y ya que tratamos de esas cosas, añadió Claudia.....

No tuvo tiempo de acabar porque algo como un huracán empujó la puerta y se precipitó en el comedor. Antes de que Claudia hubiera podido darse cuenta de lo que pasaba se encontró en los brazos de la señora Fourchamps.

—Soy feliz, querida mía, de que me acepte usted por mamá.

Y risas entrecortadas por la emoción contenida, y abrazos, y besos, y gritos de pajarillo, y lágrimas, verdaderas lágrimas.....

Harlé en éxtasis, con los ojos humedecidos de felicidad vaciaba la copa de la dicha. Quería hablar y no encontraba más que exclamaciones monosilábicas cuya elocuencia le parecía sublime. En fin, después de un discurso todo de mímica pudo poner su beso en el guante blanco que palpitaba á la espalda de Claudia, y cada uno se esforzó en recobrar la calma de las puras alegrías de familia.

—Ya sabe usted hija mía, decía la vizcondesa, que su papá de usted y yo no tenemos más que un deseo: hacerla feliz.

—¿Cómo lo podría yo dudar? dijo Claudiamy tranquila y viendo con curiosidad pasar la ola de las emociones desbordantes. Leo en los ojos de ustedes que ambos tienen algo que decirme.

—Oh! La picaruela que quiere hacerme hablar y no me deja el placer de sorprenderla. Pues bien, si su padre de usted me autoriza, hablaré y reivindicaré desde hoy el deber maternal que me será bien dulce.

—Señora, dijo Harlé con tono solemne; puede usted decir todo lo que guste.

—Y bien mis queridos amigos, acabo de recibir la visita del señor Montperrier quien me declaró que la belleza de la señorita Claudia.....

—Ruego á usted economice preámbulos; mi resolución está tomada desde ayer y veo que de pleno acuerdo vamos á inaugurar nuestras nuevas familias. Tiene usted algo que objetar padre mío?

—Es muy sencillo: que mi opinión es la de la señora Fourchamps.

—Confieso, dijo ésta, que estoy convencida de las ventajas de esta unión, si la inclinación de nuestra hija le es favorable.

—Ponga usted que la inclinación de su hija es tal como usted la desea, contestó Claudia.

—Estoy encantada, agregó la vizcondesa. La antigua nobleza es *juego viejo* y no puedo ser sospechosa reconociéndolo. Un hombre como su padre de usted está destinado por su genio á poner en movimiento las grandes actividades modernas. La política le reclama y buscando en los campos del gobierno y entre los hombres de la nueva generación, no hay un nombre más rico de realidades adquiridas y más pródigo de esperanzas que el de Montperrier, ¿qué podemos desear para usted niña querida, sino las nobles alegrías del poder soberano que fué en otro tiempo atribución exclusiva de los reyes y que la justa lógica de las cosas reserva hoy.....

—A los más fuertes, interrumpió Harlé.

—Es demasiada modestia, dijo la vizcondesa; diga usted, á los más dignos.

—Es lo mismo. Y bien hija mía, qué dices tú?

—Nada. En principio apruebo.

—Observaré solamente, dijo Harlé, que no teniendo ni un centavo de capital el señor Montperrier, me parece discreto no reconocerle nada en el contrato y así dependerá de su esposa: de otro modo ya sé lo que sucedería.

—A mis ojos, exclamó Claudia, esa es una condición necesaria.

—El señor Montperrier, dijo gravemente la vizcondesa, es el hombre más desinteresado del mundo y aunque podría recibir, nada pedirá.

—Y nada tendrá, concluyó Harlé, que acababa de recobrar á este respecto, su ordinaria resolución.

—Antes de decir mi última palabra, reclamó Claudia, tengo solamente necesidad de una entrevista de cinco minutos con el señor Montperrier.

—Me parece bien hija mía: siempre los que van á casarse tienen algo antes que decirse.

—Esto es maravilloso, exclamó la vizcondesa, riendo á carcajadas. Justamente he dejado en mi coche á Montperrier.

Algunos instantes después, Etienne de Montperrier muy conmovido era introducido al salón donde lo esperaba la familia.

—Es usted pues, señor, le dijo Harlé alegremente quien osa pretender la mano de mi hija? A mí me gusta la audacia, pero no tengo nada que decir porque Claudia es dueña de su mano, y ella será la que decida, para lo cual quiero dejar á usted abogar por su causa. Sea usted elocuente. Buen éxito á la juventud.

Y dicha esta palabra, Harlé se retiró con la vizcondesa dejando á los dos enamorados frente á frente.

—Señorita; comenzó Montperrier, muy pálido, mi suerte está en las manos de usted. Podía muy bien confesarle ahora que—fuera de las cuestiones de conveniencia que podíamos fingir ignorar sin hipocresía,—mi admiración, por el carácter de usted, y permítame añadir la impresión que me causa su belleza, me elevan hasta la posibilidad de hablar como hubiera querido hacerlo.

—En este momento, señor, no veo lugar más que para la elocuencia de los hechos.

—Sin embargo, señorita, crea usted que el amor.....

—Queda entendido. Tenemos toda la vida para ensayar, si nos podemos poner de acuerdo en ese punto. Si he querido esta entrevista es porque tengo mis condiciones que poner, porque no quiero para lo porvenir que haya decepciones en-

tre nosotros. Usted me ama como es conveniente y por mi parte veo que usted no me disgustará del todo. Cuando todas las demás condiciones se hayan acordado, con eso es bastante. Diré á usted que pretendo permanecer dueña de mí misma, si tal cosa puede ser compatible con el matrimonio. A lo menos, he resuelto preservar de una eventual tiranía todo lo que sea salvable, y por eso he querido que usted sepa de mi boca que mis deberes tendrán como exacta medida los de usted. Mi padre cree que no debe reconocerse á usted ningún capital en el contrato, y esa sería mi voluntad aunque no fuera la suya.

—Yo rehusaría señorita, pues el desinterés de que he dado tantas pruebas.....

—No lo dudo, y si hablo á pesar mío de estas cosas, es porque juzgo leal informar á usted plenamente desde ahora, de un estado de cosas al cual es necesario que se acomoden sus resoluciones del porvenir.

—Lo agradezco mucho señorita. Y ya que hablamos con igual franqueza, permítame usted decirle que sería bueno, siempre en el interés común, y para mantener la autoridad social necesaria á mi situación personal, fijarme una fortuna que me ponga al abrigo de notas desagradables.

—Entonces si daría usted lugar á malos juicios y se diría que había hecho usted un casamiento por dinero. No. Usted encuentra ante sí una voluntad que no es inferior á la suya, y eso constituye una garantía para el porvenir. Tenga usted confianza en mí y en mi plena fidelidad social como yo la tengo en usted. Esto responde á todo y además consiento en que usted procure hacerse amar, y deseo que alcance su propósito.

—No tendré otro afán, que agradar á usted en todo.

—Pues bien, nuestra suerte está fijada. Ya le recordaré á usted en caso necesario, las condiciones de nuestro pacto.

—No será necesario, pues las conservo en la memoria.

—Y avanzó hácia ella con la mano tendida. Claudia le contuvo con un gesto, y levantando la cortina llamó á su padre.

Entonces, bajo las miradas enternecidas de la señora Fourchamps agobiada por tantas dichas, y en la plena irradiación de Harlé, incendiado de amor, los dos jóvenes helados sellaron con un gesto de alta corrección el pacto de intereses en que cada uno llevaba la intención de engañar á su socio. Triunfo de un día cuya revancha se encargaría de cobrar el porvenir.

—Lo dominaré, se decía Claudia. Estará sometido á mi voluntad.

—Ya me llegará mi día, pensaba el otro sordamente irritado.

—Sed felices hijos míos! gritaba Harlé embriagado en los ojos de la vizcondesa.

Después de haber leído la carta de Deschars, sin pronunciar una palabra Puymafray la entregó á Naneta que después de descifrarla lenta y silenciosamente dijo:

—Hizo bien al partir, porque no era una fuerza en este juego, y toda nuestra desdicha consistió en que contábamos con él cuando él lo esperaba todo de nosotros. Vea usted señor Enrique, estos jóvenes del día, aún cuando sean buenos como el señor Mauricio, no son en realidad buenos para nada. He aquí todo lo que se puede decir.

—Y yo? Pienso que no tengo mucho de que vanagloriarme.

—Porque está usted con los brazos cruzados junto á gentes que no dejan de golpear en el yunque. Pero esta vez me ha prometido usted hablar como se debe, y si no lo hace usted, todo ha terminado.

—Claudia me oirá, contestó el marqués.

Puymafray llegó á la verja de la avenida Friedland en el momento preciso en que Claudia, con su mano en la mano de Montperrier, envolvía con una irónica mirada los pudores espantados de la vizcondesa y las llamaradas de los ojos paternos.

—Me pongo en fuga, exclamó la jóven cuando oyó anunciar al marqués y desapareció sin volver la cara.

—Haga usted entrar al señor marqués en mi gabinete, gruñó Harlé, furioso por el contra tiempo que había venido á interrumpir tan fuera de oportunidad aquella deliciosa expansión.

(Continuará).



First system of musical notation, featuring a treble and bass clef. The music includes a dynamic marking of *sf* (sforzando) and various rhythmic patterns.

Second system of musical notation, featuring a treble and bass clef. The music includes a dynamic marking of *p* (piano) and various rhythmic patterns.

Third system of musical notation, featuring a treble and bass clef. The music includes a dynamic marking of *p* (piano) and a *cresc.* (crescendo) marking. Pedal markings are present: *Ped.*, *\* Ped.*, *\* Ped.*, and *\* Ped.*

Fourth system of musical notation, featuring a treble and bass clef. The music includes a dynamic marking of *sf* (sforzando). Pedal markings are present: *Ped.*, *\* Ped.*, *\* Ped.*, *\* Ped.*, *\* Ped.*, and *\* Ped.*

Fifth system of musical notation, featuring a treble and bass clef. The music includes a dynamic marking of *pp* (pianissimo) and a *Ped.* marking.

Sixth system of musical notation, featuring a treble and bass clef. The music includes a dynamic marking of *sf* (sforzando) and a *Ped.* marking.



This page of musical notation consists of seven systems of staves, each containing a treble and bass clef staff. The music is written in a key signature of one flat (B-flat) and a 3/4 time signature. The notation includes various musical elements such as notes, rests, slurs, and dynamic markings. The first system features a forte (*f*) dynamic. The second system includes a piano (*p*) dynamic and a trill in the bass line. The third system contains several piano (*p*) dynamics and a trill. The fourth system features a fortissimo (*ff*) dynamic and a piano (*p*) dynamic. The fifth system includes a fortissimo (*ff*) dynamic and a piano (*p*) dynamic. The sixth system features a piano (*p*) dynamic. The seventh system includes a crescendo (*cresc*) marking and a forte (*f*) dynamic. Performance instructions such as "Ped." (pedal) and "Ped." with a star symbol are placed below the staves. The page is numbered 274 in the top left corner, titled "EL MUNDO" in the top center, and dated "Domingo 3 de Abril de 1898" in the top right corner.





### CRISTO

Entre el furor de la caterva impía,  
Desfallecido y con la cruz á cuestas,  
Llega el Hijo de Dios sobre las crestas  
Del monte que de horror se estremecía.

Ya elevada la cruz le sostenía;  
Y en las regiones de la tierra opuestas  
Cielos y mar y llanos y florestas,  
Todo es tiniebla en tan tremendo día!

Del sacro templo se desgarró el velo,  
Y la Madre de Dios un ¡ay! profundo  
Lanza, cayendo sobre el duro suelo.

Se estremece el abismo en lo profundo;  
Y en medio del horror de tierra y cielo  
Brotó la sangre que redime al mundo!

LUIS GONZAGA ORTIZ.

### Muerte de Cristo

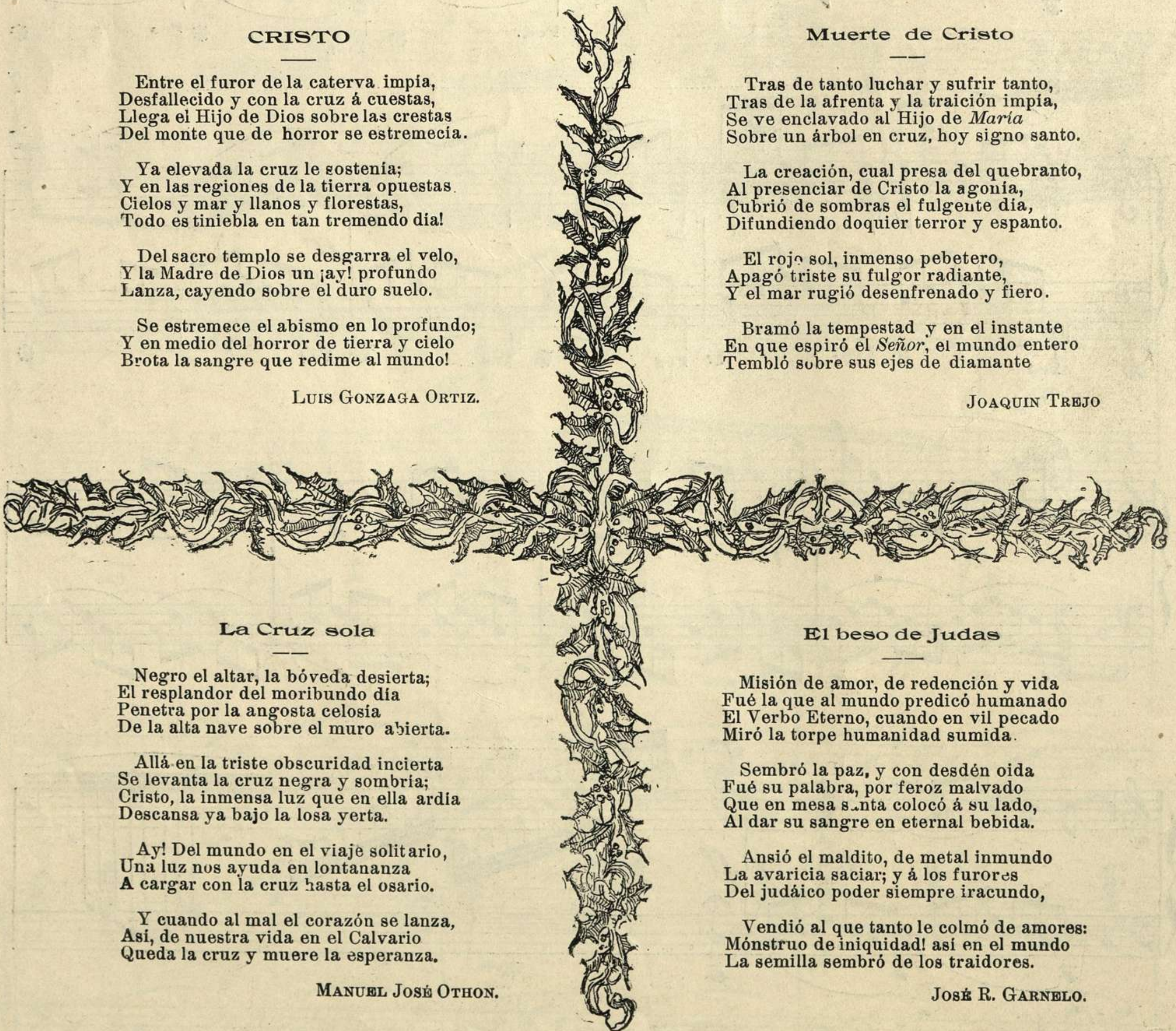
Tras de tanto luchar y sufrir tanto,  
Tras de la afrenta y la traición impía,  
Se ve enclavado al Hijo de *María*  
Sobre un árbol en cruz, hoy signo santo.

La creación, cual presa del quebranto,  
Al presenciar de Cristo la agonía,  
Cubrió de sombras el fulgente día,  
Difundiendo doquier terror y espanto.

El rojo sol, inmenso pebetero,  
Apagó triste su fulgor radiante,  
Y el mar rugió desenfrenado y fiero.

Bramó la tempestad y en el instante  
En que espiró el *Señor*, el mundo entero  
Tembló sobre sus ejes de diamante

JOAQUIN TREJO



### La Cruz sola

Negro el altar, la bóveda desierta;  
El resplandor del moribundo día  
Penetra por la angosta celosía  
De la alta nave sobre el muro abierta.

Allá en la triste obscuridad incierta  
Se levanta la cruz negra y sombría;  
Cristo, la inmensa luz que en ella ardía  
Descansa ya bajo la losa yerta.

Ay! Del mundo en el viaje solitario,  
Una luz nos ayuda en lontananza  
A cargar con la cruz hasta el osario.

Y cuando al mal el corazón se lanza,  
Así, de nuestra vida en el Calvario  
Queda la cruz y muere la esperanza.

MANUEL JOSÉ OTHON.

### El beso de Judas

Misión de amor, de redención y vida  
Fué la que al mundo predicó humanado  
El Verbo Eterno, cuando en vil pecado  
Miró la torpe humanidad sumida.

Sembró la paz, y con desdén oída  
Fué su palabra, por feroz malvado  
Que en mesa santa colocó á su lado,  
Al dar su sangre en eternal bebida.

Ansió el maldito, de metal inmundo  
La avaricia saciar; y á los furorés  
Del judaico poder siempre iracundo,

Vendió al que tanto le colmó de amores:  
Mónstruo de iniquidad! así en el mundo  
La semilla sembró de los traidores.

JOSÉ R. GARIBLO.